

ASÍ FUE

Cd. Juárez, Chihuahua 1986

UNA HISTORIA DIGNA DE CONTARSE

por Armando Revueltas





Introducción

Amigos del interior del país han expresado interés por conocer lo que ocurrió en las elecciones de Chihuahua en 1986. El escrito adjunto trata de hacer una narración de algunos eventos, actitudes y situaciones que se dieron alrededor de la actividad electoral; lleva la intención de relatar el ambiente general, el sentimiento popular y la riqueza de vivencias que se dieron en algunas de las horas más agitadas en la historia moderna del estado, y no tiene pretensión alguna de rigor académico, ni de recopilación exhaustiva, ni de cobertura completa del tema. Léase, pues, a la luz de aspiraciones así de modestas y discúlpese su ligereza.

Aclaraciones pertinentes:

1. Hablar de Chihuahua es hablar de mucho terreno. La distancia entre Juárez y Parral, por ejemplo, es mayor que entre el Distrito Federal y Guadalajara; en todo ese territorio habitan hombres con ciertas características comunes, como el hablar bronco y el actuar ídem, pero también con grandes diferencias. No es lo mismo la ciudad capital -cultura, ordenada y clasemediera- que un Cuauhtémoc ignorantón con mentalidad entre serrana y de llanura, un Delicias agrícola, o un Casas Grandes con fuerte influencia mormona y progresista. La expresión política reflejó esa misma característica: muchos rasgos comunes en todo el Estado, con manifestaciones muy propias y locales en cada municipio; cualquier generalización sería inexacta e injusta.

2. La campaña electoral del 86 fue, formalmente, una confrontación PRI-PAN. La verdad es que el movimiento de oposición rebasó con mucho al PAN y a

cualquier otro partido. La referencia que aquí se haga al PAN o a los panistas deberá entenderse que significa ese movimiento de oposición con todos sus matices, que por una u otra razón se agruparon bajo las siglas blanquiazules. (Por si alguien tuviera duda, mejor lo aclaro: ni soy, ni nunca he sido panista; conste).

3. Dado que el autor vive en Ciudad Juárez, los hechos que presencié son los que se dieron en esa ciudad y a ellos se hace referencia en forma casi exclusiva. Téngase presente, por favor, que lo que aquí se narra trata de describir la experiencia de Ciudad Juárez, que seguramente fue distinta del resto de Chihuahua.

4. Que quede claro, también, que no se hace mayor esfuerzo ni de objetividad ni de imparcialidad. Se platica como se vio.

5. Seguramente otras personas tendrán percepciones y opiniones de lo que ocurrió, diferentes de lo que aquí se narra. Muy respetables. Ésta, con todas sus posibles deficiencias e inexactitudes, es la versión del que la escribe.

El tema central que se tratará de resaltar -y más vale admitirlo de entrada, porque no es seguro que las dotes de escritor permitan que así se perciba- es que el movimiento de participación política en la oposición por las circunstancias, condiciones y tiempo en que ocurrió, generó una solidaridad entre la población que tuvo características de manifestación social desconocida en México. Gentes que vivieron ambos momentos, lo comparan con el ambiente que prevaleció en la ciudad de México después del temblor del 19 de septiembre; será, no será, pero fue algo notable.

Ciudad Juárez, agosto de 1986.

Ciudad Juárez, Chihuahua, 1986:

UNA HISTORIA DIGNA DE CONTARSE

Por Armando Revueltas.

CHIHUAHUA 86: LAS ELECCIONES DEL DESCONTENTO

Las elecciones del 86 en Chihuahua van a dejar huella.

Fueron una brillante oportunidad -tal vez única- para que el sistema político mexicano se abriera a un auténtico juego democrático. Desafortunadamente, esa oportunidad se desperdició en aras del objetivo de carro completo. Ya habrá reseñas completas sobre el proceso electoral y su secuela. Aquí se platica un poco de lo que ocurrió en Ciudad Juárez.

LA CAMPAÑA

Desde el inicio de la pre-campaña hubo señales claras de que el PRI venía por la revancha en Chihuahua, buscando desquite a las felpas que recibió en 1983 y 1985. Temprano se definió que las reglas del juego serían de “a morir” y “todo se vale”.

Después de una selección de candidatos modulada por lo que se entendió como “las realidades del momento”, a base de plebiscito interno para postular candidatos en todos los municipios, excepto en Ciudad Juárez -donde sencillamente se designó a

Jaime Bermúdez porque era el bueno, aunque no fuese muy priísta- se abrieron las hostilidades por el tricolor antes de que los panistas hubieran siquiera convocado a convenciones. .

La estrategia del PRI se basó en un gran derroche de recursos (el gasto de campaña en Chihuahua se estimó en veinte mil millones de pesos, superior al presupuesto anual del gobierno del estado) con los que se logró durante meses la saturación de todos los medios de comunicación y la cobertura con pintas, pegas, rótulos, desplegados, engomados, banderas y banderines, de metros y metros cuadrados de bardas, postes, calles y automóviles; en la presencia frecuente y repetida de altos funcionarios de la federación para resolver problemas y peticiones de la comunidad, haciendo aparecer a los candidatos del PRI como grandes gestores; en la manipulación de los medios de comunicación en contra del PAN; y en la implantación de un estilo lo más parecido posible al usado por el PAN en sus últimas campañas, incluyendo el énfasis en la visita domiciliaria en lugar del mitin masivo, la utilización de herramientas mercadotécnicas para medir y evaluar penetración y eficacia de mensajes de campaña y, el colmo, la total omisión de las siglas del PRI en los materiales de campaña de los candidatos, supuestamente para desligarlos de la imagen de corrupción que el chihuahuense tiene del PRI y que hábilmente explotó la oposición en '83 y '85.

El PAN, por el contrario, empezó tarde y mal, contra lo que había venido acostumbrando en las elecciones anteriores. Perdió tiempo valioso en

titubeos de Francisco Barrio y Luis H. Álvarez para manifestarse dispuestos a aceptar la candidatura a la gubernatura, cada uno rogando a Dios que el otro le entrara, hasta que la convención designó al primero cuando ya Fernando Baeza tenía rato recorriendo el Estado.

Sin esperanzas de poder igualar la aplanadora financiera del partido oficial y con todos los medios electrónicos -que en anteriores campañas fueron su elemento fuerte- no sólo totalmente cerrados, sino claramente declarados sus opositores merced, según algunos malpensados, a quién sabe qué persuasivos argumentos de la Secretaría de Gobernación, sus opciones se vieron severamente limitadas.

Y lo que en ese momento pasó desapercibido, eventos posteriores lo pusieron de manifiesto: donde el PAN empezó a rezagarse y a perder la iniciativa, el pueblo se adelantó y volvió a ganarla.

En acciones aisladas, desarticuladas, frecuentemente individuales, se empezó a dar la batalla. Así, por ejemplo, ocurrió con los engomados para automóviles y con los banderines; cuando ya se empezaba a saturar la ciudad con material publicitario tricolor, un grupo de jóvenes, actuando por cuenta propia, mandaron hacer un primer lote de engomados y banderines del PAN y se pusieron a **venderlos** en algunos de los cruceros más transitados. La respuesta fue tal que pronto pudieron multiplicar la oferta y hasta financiar material que después se regalaba a todo el que lo aceptaba.

En las últimas semanas de la campaña, el conteo de vehículos con engomados priistas y panistas era deporte generalizado y barómetro de cómo iban las cosas. Por toda la ciudad había grupos de gente de ambos bandos -a veces en el mismo cruce de calles- ofreciendo engomados, banderines, volantes y toda clase de material publicitario. Pero con diferencias grandes: mientras que los panistas eran en general gente joven, con entusiasmo alegre y contagioso, que correteaban como perrillos callejeros tras los automovilistas hasta lograr que les permitieran el pegoste, los priistas, salvo contadas y honrosas excepciones, daban la sensación de que estaban haciendo un trabajo pagado, y aparentemente no muy bien pagado porque lo hacían con desgano. (En alguno de esos cruceros, en una luz roja se acerca un señor a ofrecer pegar un engomado de Baeza; no se le permite y pasa al siguiente coche, que tampoco lo deja, y así recorre nueve vehículos hasta que llega a un autobús urbano de la CTM al que sin mayores contemplaciones se lo pega).

Sería demasiado largo y tedioso tratar de reseñar la campaña; sus características más sobresalientes en cuanto a la oposición fueron tres: el llamado a la desobediencia civil como presión anticipada contra el fraude que se veía venir; una actitud muy agresiva de la oposición, que frecuentemente puso a los candidatos oficiales a la defensiva; y el que por primera vez en la historia se presentaran candidatos de oposición en casi todos los municipios del Estado.

El llamado a la desobediencia civil tuvo una buena acogida y seis meses después -pese a todos

los intentos del gobierno por negarlo- hay todavía multitud de usuarios que continúan sin pagar ni agua ni luz.

Las cosas se desarrollaron en forma tal que el mitin de cierre de campaña de Baeza en Juárez logró aproximadamente 30,000 gentes y al de Barrio se le estimaron entre 70 y 80,000. (En este último, una señora increpó a un joven: “Y ora, ¿qué haces aquí? ¿No andabas ayer en el mitin de Baeza?” a lo que el otro, sin inmutarse, respondió: “Allá me llevaron; aquí vengo porque me da mi gana”).

UN CLAXONAZO QUE GANÓ LAS CALLES

En una de esas acciones espontáneas, ciertamente no concebida por los estrategas del PAN, se empezó a usar entre los simpatizadores de la causa blanquiazul un claxonazo peculiar: TA-TA-TA, TARATA-TA (Barrio sí, Baeza no.)

Primero en forma gradual, luego con velocidad de chisme, el claxonazo se generalizó y se convirtió en grito de batalla, en saludo partidista, en desafío al sistema, en leperada al opositor, hasta dominar por completo las calles. (Un priísta le comentaba a otro: “No te apures, los claxonazos no votan”. Respuesta: “No votan, pero qué bien joden”).

El PRI combatió al claxonazo hasta el ridículo. Hubo largos artículos en páginas editoriales condenando esa poco civilizada expresión política, inserciones pagadas de una candidato a diputada lamentando que se estuviese perturbando la paz familiar con

el estrépito del claxonazo y, en el paroxismo de la creatividad, hasta se intentó el claxonazo priísta que con toda la imaginación del universo pretendía decir “Baeza sí, Barrio no”, que duró en las calles mucho menos que lo que seguramente se tardó en planearlo e implementarlo.

El famoso claxonazo crecía y disminuía con los altibajos de la campaña. Pero aun después del fallo del congreso del estado en favor de Baeza, a más de un mes de las elecciones, a la menor provocación vuelve a aparecer y a ser contestado de carro a carro, como si los panistas estuviesen diciendo que ganaron y que les vale una pura y dos con sal lo que el congreso haya decretado.

El ritual consistía en que al tocar alguien el famoso claxonazo, los automovilistas simpatizadores le contestaban en la misma forma, de modo que frecuentemente un toque generaba toda una andanada. Conforme el sonsonetito se popularizó, se usó no sólo con el claxon, sino con silbatos, con aplausos de la gente en los mítines, con palmadas en las carrocerías y a veces hasta con clarines que los entusiastas participantes del movimiento sacaban sabe Dios de dónde.

El complemento al sonido del claxonazo fue el color de las banderas. Desde años anteriores el PAN adoptó en Chihuahua material publicitario de un vistoso anaranjado con vivos azul y blanco, y en esta ocasión las banderas anaranjadas se multiplicaron como bacterias. Se colgaban en casas, postes y arbotantes, pero sobre todo se portaban en

automóviles, camionetas y camiones: las de tamaño chico colocadas en las antenas de los radios y las más grandes portadas por los tripulantes y ondeando por fuera de las ventanillas. Y había algunas verdaderamente grandes: de repente en mítines y marchas aparecía algún deschavetado cargando su bandera de tres por seis metros y haciendo todo el relajo del mundo con ella.

La gente cuidaba sus banderas. Las llevaba a los mítines -que se convertían en grandes praderas anaranjadas- o las sacaba en las caravanas como distintivo que identificaba vehículos que eran parte del movimiento, las cargaba a bloqueos y manifestaciones, y se las volvía a llevar a guardar a su casa hasta el siguiente evento. La gran mayoría eran de plástico, con leyendas alusivas al tema de campaña del PAN de que “YA ES TIEMPO”, a veces con la foto de Francisco Barrio o de Gustavo Elizondo. A fines de agosto, más de mes y medio después de la elección, las banderas siguen apareciendo cada vez que hay ocasión; muchas de ellas ya bastante deshilachadas y parchadas, pero celosa, cuidadosamente conservadas.

LOS PARTIDOS

El PRI, debilitado y descuadernado en Chihuahua como resultado de tropiezos anteriores, no corrió riesgos. Mandó desde la capital equipos de especialistas, primero a los grillos encargados de la auscultación y la consulta para la selección de candidatos; una vez efectuada ésta, los reemplazó con los bateadores largos -los alquimistas- que

hicieron su trabajo a la perfección, posiblemente demasiado bien.

Por cuanto al PAN, mucha gente tiene la idea de que es un partido pobretón y desorganizado, con unos cuantos despistados que se la pasan en discusiones interminables y dirigentes que no nomás traen perdida la brújula, sino que se arrugan a la hora buena. En el caso de Ciudad Juárez, ésta es una impresión errónea. El PAN está todavía peor que eso.

Personas que motivadas por el entusiasmo generado en el movimiento de oposición se acercaron al PAN, se asustaron. Y no por su ideología, sino por su organización, o si se prefiere, su desorganización. Lo que platican es de no creerse. Se les cruzan las líneas de comunicación y de autoridad, se les confunden las prioridades, carecen por completo de recursos materiales y financieros y son bastante ineficaces para acopiárselos; pero p'acabarla de amolar, verdaderamente practican un estilo democrático, así que cualquier buey opina y se le oye, no como en el PRI, en el que el jefe sabiamente sugiere, todos los demás se apresuran a obedecer y se acabaron discusiones estériles.

Pero frente a todas esas carencias, el PAN tiene virtudes muy valiosas: un grupo -bastante grande en Ciudad Juárez-, de militantes verdaderamente convencidos, entregados, devotos, muchos de ellos con años y años de derrotas sobre sus lomos, que siguen en él con un fervor francamente admirable; la dirección democrática, con toda su lentitud y

pesadez, le imprime una enorme seguridad a la acción y tiene una consecuencia secundaria no menos importante: todos—por supuesto, con sus excepciones—son “soldaditos”, bien dispuestos a las tareas más baladíes cuando les toca, aun los dirigentes; y sorprendentemente, en medio de la aparente desorganización y a pesar de ella, cuadros bien identificados y diestros en muchas tareas partidistas y algo que se demostró palpablemente en esta campaña: una apertura a recibir gente nueva y a darle oportunidad de actuar y de lucirse.

Ninguna descripción del PAN en Chihuahua sería completa sin hacer referencia, aunque sea de pasadita, al “neopanismo”, cuyo principal exponente ha sido Francisco Barrio. Nadie parece saber exactamente en qué consiste el famoso neopanismo, excepto que es un término con que se ha designado a gentes que, como Francisco, rebasaron a los dirigentes tradicionales del partido y ganaron; los neopanistas, si es que así se puede llamar a una nueva generación de panistas, se caracterizan principalmente porque su enfoque es de ganadores que entran a jugársela, con escenarios de tiempo que se refieren a la siguiente elección y no a conquistar el poder en el año 3,000, como algunos de ellos critican que esperan los panistas tradicionales. Como entran precisamente a rifársela, tienden a ser muy bragados y mejor organizados que los tradicionales. Fuera de eso, parecen ser tipos perfectamente normales.

LOS CANDIDATOS

Fernando Baeza fue el mejor gallo que el PRI pudo haber mandado a Chihuahua. Pelao con buena imagen, inteligente y preparado, realizó una campaña de mucho trabajo, de mucho recorrido por todo el estado y, por lo que se sabe, de enormes dificultades para llegarle a la gente y de un rechazo casi automático por venir representando al partido oficial (cuentan de un ejido serrano en que su organización tuvo problemas graves para que el pueblo fuese a la concentración en la que el candidato se presentaba por primera vez en la comunidad y, lo que es peor, mal empezaba su discurso cuando la gente se empezó a retirar; tratando de retenerlos, los increpó a que se quedaran, manifestando que venía a trabajar hombro con hombro con ellos a resolver sus carencias; un socarrón viejo ejidatario se regresó y le dijo: “Órale pues, véngase, vamos a reparar el cerco de piedra”. Fin de la conversación).

El discurso de Baeza fue tan bueno como podía serlo, dadas las circunstancias. Para contrarrestar algunos de los puntos más fuertes de su contrincante se declaró católico, atacó al centralismo y a la corrupción y bordó filigranas para resaltar las ventajas y soslayar las desventajas de venir del partido oficial.

Francisco Barrio (Pancho, pa’ la raza, el Señor Barrio para sus admiradores y admiradoras, muchos de los cuales lo siguen con veneración) calificado de loco por sus detractores y de carismático por sus seguidores, salió a dar todo desde el primer round.

Con una amplia popularidad ganada desde su campaña para presidente municipal y consolidada por su actuación como tal, incluidas tres huelgas de hambre que realizó para festejar diversas ocurrencias del sistema, tales como la modificación al código administrativo en su capítulo electoral que allanó el camino al fraude, era abiertamente reconocido por el PRI como enemigo formidable. La cautela y la prudencia rara vez fueron sus virtudes; mas bien lo fueron la agresividad rayana en temeridad y una gran facilidad para llegarle al pueblo, sobre todo a las mujeres de todas las edades, y ya se sabe lo que pasa cuando alguien alborota al viejerío; éste lo alborotó en serio y las mujeres arrastraron -como siempre- a hombres, viejos y niños. Barrio supo hacer que mucha gente lo percibiera como auténtico, como el tradicional “underdog” que lucha contra todas las posibilidades, y arrastró mucho pueblo. En forma general se le reconoce que echó todos los kilos en la campaña y actividades posteriores, y según el decir popular, “no tiene reversa”.

Jaime Bermúdez, industrial prestigiado que fue tesorero municipal dos administraciones antes de la actual, goza (o tal vez gozaba, muchas cosas han cambiado) de buena fama en la comunidad. Sus problemas como candidato del PRI a la presidencia de Juárez fueron su nula experiencia en política, la imagen del tricolor y algunas de las gentes de ese partido que lo rodearon en la campaña.

Gustavo Elizondo, candidato panista a la alcaldía, había sido presidente del Centro Empresarial en Ciudad Juárez.

En un movimiento en que las señoras marcaron la pauta y dieron el ejemplo, las esposas de los candidatos no fueron excepción. Magali Gómez de Baeza le hizo la lucha, con poca fortuna; Olivia Espinosa de Bermúdez y Lulú Terrazas de Elizondo fueron compañeras de lucha de sus maridos, a quienes les aguantaron y superaron el ritmo y fueron, en ambos casos, valiosísimos apoyos. Pero Hortensia Olivas de Barrio -Tencha, como cariñosa y respetuosamente la conoce todo el pueblo- se cocina aparte. Fue rarísima la acción de campaña o de protesta en la que Tencha no estuvo al frente del ejército femenino, valerosa e incansable.

LOS ORGANISMOS CÍVICOS

Si el PAN tuvo problemas de desorganización, los organismos cívicos contribuyeron en mucho a que se superaran y, con frecuencia, a convertir las desventajas en ventajas. Fieramente independientes, no partidistas, con varios años de acción en defensa de los valores cívicos fundamentales, estos organismos se agruparon en el Comité de Lucha por la Democracia (COLUDE) y fueron:

Frente Cívico para la Participación Ciudadana: Constituido por hombres jóvenes -en su mayoría profesionales o técnicos- fue la plataforma de donde salió Francisco Barrio a la candidatura para la presidencia municipal de Ciudad Juárez. Gente bien organizada, con mucho sentido de ideología y mucha entrega a su tarea. Alrededor de 250 personas que contaron como por dos mil.

Asociación Nacional Cívica Femenina (ANCIFEM):

El grupo de las señoras. Bravas, entronas, ejemplarmente dedicadas. Tiene algo así como 40 socias activas y 200 colaboradoras, nomás que muy peligrosas porque algunas de ellas piensan.

Coalición de Comités de Vecinos (COCOVE):

Los comités de vecinos fueron la respuesta organizacional de la administración panista de Francisco Barrio al problema de la perenne explotación por los lidercillos seccionales del PRI a los habitantes de las colonias urbanas, sobre todo, pero no exclusivamente, en las zonas precaristas; la sorpresa fue que los comités funcionaron bien y coadyuvaron en mucho -como era lógico- a que se lograran avances importantes en la solución de problemas tan básicos como tenencia de la tierra, alumbrado público, agua y alcantarillado, etc. Al empezar la campaña, el COCOVE agrupaba 180 comités de vecinos, de los que al menos 150 se consideraban muy activos y bien organizados. Fueron eficacísimas infanterías, con excelentes cuadros de mando, disciplina espartana y dirigentes de un grillo, un malicioso y un agresivo verdaderamente fascinantes.

Desarrollo Humano Integral y Acción Ciudadana

(DHIAC): La parte pensante. Encargados de la investigación, de la recopilación y divulgación de información, del diseño de estrategias, etc. Grupo minúsculo, bastante desorganizado como todos los intelectuales.

El COLUDE tapó huecos del PAN y además realizó acciones estrictamente cívicas que no sólo le pusieron

mucha pimienta al pleito, sino que sentaron bases para muchas cosas, -entre otras-, realizó labores de promoción del empadronamiento y del voto, atacó vigorosamente las modificaciones al código administrativo en materia electoral y defendió con vehemencia algunos procedimientos que en cierta forma ayudaron a evitar que la campaña fuese todavía más desequilibrada. Por sus posturas en defensa de la democracia, y obviamente en contra de las burdas maniobras de la maquinaria oficial, se le fustigó mucho como apéndice del PAN.

EL FRAUDE

Con toda anticipación, el fraude se veía venir. Desde la remoción de Oscar Ornelas como gobernador -porque se había rehusado a reprimir a la oposición- y las modificaciones al código administrativo que dejaban indefensos a los representantes de los partidos de oposición en las casillas, hasta la llegada a Chihuahua de los alquimistas de abolengo, las señales eran bien claras. Lo que no se alcanzó a prever fue la magnitud, la grosería, el descaro con que se defraudó.

Meses antes de las elecciones, el PRI realizó un censo de casa en casa, supuestamente para reorganizar sus cuadros, en el que identificó sus áreas débiles y fuertes. En la elección brincó el verdadero propósito del censo: en las partes donde la oposición era más fuerte se eliminaron casillas para provocar el congestionamiento a la hora de votar lo que, aunado al tortuguismo, provocó interminables colas, cuyo objeto era desalentar a

los votantes. Así mismo, el relleno de urnas siguió patrones selectivos, escogiendo las zonas donde aparentemente se pudiese realizar con mayor impunidad y eficacia.

El padrón electoral, que se debió proporcionar a los partidos un mes antes de la elección, se entregó cuando faltaban unos cuantos días y vencido ya el plazo para designar representantes de casilla; como era de esperarse, muchos representantes de casilla de la oposición habían desaparecido misteriosamente del padrón y ya no pudieron ser suplidos.

La lista de casillas con sus ubicaciones, que debe publicarse cuando menos tres veces antes de las elecciones, se publicó una sola vez la víspera, llena de erratas que se publicaron al día siguiente, nuevamente equivocadas.

Por supuestos tecnicismos, se negó el registro a todos los representantes del PSIJM, del PRT y del PDM, dejando únicamente a los del PRI y a los del PAN; sin embargo, muchos de éstos, cuando se presentaron a su casilla se encontraron con que ya había otro representante del mismo partido, debidamente acreditado con toda la documentación oficial; mientras se aclaraba quién era el bueno y quién el falso se enviaba a ambos al comité electoral, con lo que la casilla quedaba por varias horas a merced de los honrados funcionarios electorales.

Las casillas deben abrirse al pueblo a las ocho de la mañana y su instalación (revisión de urnas, conteo de boletas, formulación de actas, etc.) iniciarse a las

siete. Hubo aproximadamente 100 casillas (de 332) en las que a las siete que llegaron los representantes panistas ya estaban las actas de instalación formuladas y las urnas selladas y embarazadas.

Por vía de ejemplo: Hubo una casilla en la que el acta de instalación certifica que se recibieron 3,500 boletas y el PRI obtuvo una votación superior a los 11 ,000 votos. En la inmensa mayoría de las casillas con menos de mil votantes ganó el PAN, en una proporción promedio de 1.6 a 1, mientras que en todas las casillas con más de mil votantes ganó el PRI en una proporción de tres a uno, aun cuando esas casillas estuvieran en la misma zona y tuvieran las mismas características de las otras.

Y todo ello en un ambiente cargado de amenaza. Desde varias semanas antes empezaron a llegar a Ciudad Juárez varios miles de soldados para vigilar las elecciones, permanecieron y continuaron patrullando la población hasta mucho después del 6 de julio -según abogados, en violación a la disposición constitucional que prohíbe el uso de tropas para fines semejantes en tiempos de paz- y, por si no fuese suficiente, respaldados por un enjambre de elementos de la Policía Federal de Caminos provistos de patrullitas de juguete y helicópteros (y que por cierto, a la hora de la verdad fueron los primeros en rajarse) excepcionalmente “honrados y serviciales”, que a fines de agosto seguían concentrados en la frontera haciendo consumo en los mejores hoteles (ante el enorme pesar de los camioneros que habitualmente circulan por sus respectivas jurisdicciones, quienes seguramente deben temblar

sólo de pensar en el hambre con que irán a volver) amén de agentes de Gobernación y de la Judicial Federal hasta para atrancar puertas. Además, por decreto del gobernador González Herrera, la Policía Municipal pasó a depender de la Comisión Estatal Electoral hasta el 15 de agosto -de modo que la administración municipal panista no tuviese elementos para un posible enfrentamiento- junto con los elementos de la Judicial del Estado y de la tristemente célebre Policía Rural habitualmente asignados a la zona. De manera que Ciudad Juárez estuvo virtualmente en estado de sitio desde los últimos días de junio hasta finales de julio, con algunos rezagos hasta bien entrado agosto.

Así pues, las elecciones tuvieron “pequeñas irregularidades”, pero por lo demás, estuvieron bien.

LAS ELECCIONES

Antes de robarse el home, el ilustre difunto José Fuentes Mares había pronosticado para Chihuahua un verano caliente en 86. Conociendo su sabrosa chocarrería, debe estar en el cielo atacado de la risa viendo lo certero de su predicción; conociendo su hidalguía, debe estar furioso de que los chihuahuenses no hayamos sido capaces de impedir el robo.

Si la campaña venía ya caliente, la temperatura se disparó a partir de las elecciones, porque ahí fue donde el pueblo se enfrentó de lleno a la prepotencia y a la arrogancia del sistema, que implementó la

estrategia de las tres “D”, previamente detectada y denunciada por la oposición:

Desaliento: Disminuir el número de casillas para que se formaran largas filas al votar y se desalentara al ciudadano a emitir su voto.

Desubicación: Cambiar de lugar la casilla en donde habitualmente se votaba, para que la gente, al no encontrar el domicilio, desistiera de votar.

Descalificación: Cuando una casilla se viese perdida para el PRI, hacer lo imposible por anularla.

De acuerdo con esta estrategia, se provocó en las casillas un tortuguismo que produjo interminables colas y obligó a los ciudadanos a esperar larguísimas horas para votar. Esperas de 6, 8, 10 y hasta 12 y 14 horas fueron lo común.

Y ahí se presentó la primera gran sorpresa: lejos de desalentarse, el pueblo captó inmediatamente la intención del sistema y aceptó el desafío; su respuesta fue que, si de cansarse se trata, vamos a ver quién se cansa primero. Descifrada la jugada, en lugar de retirarse de las casillas dejó a parientes, a amigos o a desconocidos cuidándole su lugar y fue a su casa por sillas, sombrillas, botellones de agua, tortas, fruta y en general, lo necesario para aguantar el tiempo que fuese necesario hasta poder votar.

Como un presagio de cosas que vendrían después, la imaginación y la capacidad de improvisación

empezaron a funcionar. Con tablas y plásticos se improvisaron cubiertas para protegerse del sol de desierto de Ciudad Juárez, con piedras y bloques se hicieron asientos y el pueblo se arraigó en su determinación de esperar el tiempo que fuese necesario para emitir su voto.

Mientras los hampones electorales dentro de las casillas hacían su trabajo, el pueblo afuera hacía el suyo. La actitud solidaria brotó por todos lados y la gente empezó a compartir: quien tenía vehículos se desplazó a procurar comida y bebida que luego compartió con sus compañeros de casilla; quien se quedó esperando guardó el sitio a quien se fue a traer cosas y, muy pronto, como era lógico, se generalizó el sentimiento de “nosotros pueblo contra ellos PRI” que, en no pocos casos, llevó a que se cambiara decisión de voto conforme se prolongaba la espera.

Y conforme las horas fueron transcurriendo, las relaciones personales se fueron estableciendo y fortaleciendo, teniendo como base un deseo común de votar con libertad y ejercer esa libertad con limpieza, de modo que sentimientos individuales se convirtieron en reacciones de grupo y a medida que se fue haciendo evidente que las elecciones serían amañadas, más se fue afirmando la población en su determinación de expresar su enojo y su ira en una boleta electoral cruzada en contra del sistema.

En forma poco común para la región, ese día llovió torrencialmente. Pero ni la lluvia, ni el sol, ni la sed o el hambre lograron ahuyentar a los votantes; habían salido a votar e iban a votar a como diera lugar.

Bueno, casi a como diera lugar. Realmente no contaban con la astucia del sistema. En la casilla 31 se presentó a votar una anciana ciega y evidentemente de salud precaria, acompañada por dos hijas; después de varias horas en el sol, las hijas con tacto y ternura conmovedoras empezaron a tratar de persuadir a la mamá de que se fueran a su casa porque el sol le haría mucho daño, pero ella insistió en que votar era una obligación de conciencia que tenía que descargar. La gente que la precedía les ofreció que se adelantarán, pero la anciana, con sensibilidad de ciega, lo detectó y se rehusó. Finalmente, después de quién sabe cuántas horas de espera, llegó a la casilla y se encontró con que su nombre había sido eliminado del padrón por la omnipotente magia de la alquimia. A la anciana se le rodaban las lágrimas cuando salió de la casilla con la inútil credencial de elector en la mano; la persona que presencié y platicó el incidente comentaba su amarga impotencia y las ganas que tuvo en ese momento de poderle partir la cara al culpable del atropello.

Lo mismo le ocurrió a Víctor Manuel Oropeza, uno de los tres chihuahuenses que se puso en huelga de hambre por cuarenta días para exigir respeto al voto. Habiendo empezado el ayuno el 10. de julio, dejó la tienda de campaña el día 6 para ir a votar y después de la consabida larga espera se encontró con que había sido eliminado del padrón ... y tampoco pudo votar.

Y las urnas rellenas. En muchas casillas la gente se dio cuenta que al depositar el quinto o el décimo

votante su boleta, ésta ya no cabía porque la urna estaba llena; salía y lo comentaba a quienes estaban esperando y se armaba la gran bronca, que a veces lograban controlar los funcionarios de casilla con la amenaza de anular la votación, frecuentemente el ejército con la amenaza de su mera presencia y a veces ni unos ni otros. Un abogado local representante de varias importantes empresas maquiladoras que estuvo ese día concentrado en una de las comandancias del PAN para ayudar a defender situaciones de tipo jurídico, platicó que como a las doce de la mañana le indicaron que se fuera a la casilla 72 porque había pelotera grande. Cuando llegó a la casilla en uno de los vehículos de campaña en el que se había desplazado a toda velocidad llevando como chofer a un “Victoria” que entró rayando neumático, abrió la puerta, saltó, e inmediatamente se tuvo que volver a subir al automóvil a reponerse, según sus propias palabras, del “putazo emocional”: en esa casilla se habían detectado urnas llenas desde temprano, la gente se había inconformado con expresiones cada vez más enérgicas, hasta que se tomó la decisión de suspender la votación; la casilla estuvo cerrada buen rato y luego se volvió a abrir, pero la gente se rehusó a votar a menos de que se abrieran y vaciaran las urnas y se empezara de nuevo. Los funcionarios optaron por llamar al ejército, que llegó y conminó al orden; se subió el tono de la discusión entre soldados y ciudadanos y en el momento en que llegaba el abogado se habían delimitado los campos: por un lado, estaban los soldados con las armas prestas y por el otro los ciudadanos tomados de la mano y cantando a voz en cuello el himno nacional. Ese fue el espectáculo

que lo obligó a hacer pausa para reponerse. El coronel que iba a cargo del destacamento, después de evaluar la situación, obligó a vaciar las urnas, quemar las boletas que tenían y empezar de nuevo. Mero botón de muestra de cómo se cocinaron las cosas.

Anécdotas del día de la elección hubo para rato. Un amigo llegó a la casilla muy temprano, de modo que fue algo así como el cuarto o quinto en la fila, adelante de él le tocó una señora, obviamente de raza muy brava, que al ir a votar se encontró que ya no cabía su boleta porque estaban las urnas llenas y armó una escandalera fenomenal, hasta que llegó un soldado a poner orden, con lo que el volumen de la santa señora no hizo sino subir en vez de disminuir, al grado de que llegó un momento en que el soldado cometió la torpeza de empuñar su rifle de manera que quedó medio apuntando a la dama, que en lugar de callarse se le puso al frente y a toda voz lo retó “¡Ándale cabrón, dispárale, a ver si eres tan hombre!” a lo que mi amigo la tomó del brazo y trató de calmarla, pero la hembra brava la tomó contra él: “A poco Usted le tiene miedo a este hijo de toda su” y según él, volteó a ver el riflezote y le dijo “Pos francamente, yo sí señora, y mas vale que también usted se lo vaya teniendo porque éste sí nos la parte”, con lo que a regañadientes logró retirarla de ahí y calmar la situación.

Ese fue el ambiente de las elecciones que se vino terminando a las primeras horas del siguiente día, en algunas casillas a las 9, 10 de la mañana del lunes y en una de ellas hasta la una de la tarde. O sea que

hubo gente que se pasó parte del día y toda la noche para emitir su voto. A la mejor por eso después se enojó cuando se lo robaron.

SÓCRATES, LA FOCA, EL PELUCAS, LA GAVIOTA, EL REQUESÓN, SUPERMÁN Y OTROS BICHOS

Si el PAN fue la gran sombrilla bajo la que se acogió el movimiento y los grupos cívicos fueron su columna vertebral, los “Victorias” fueron su guerrilla, su cuerpo de comunicaciones y su escuadrón motorizado, todo a la vez. Y todo lo hicieron espléndidamente bien.

Grupo de gente joven, principalmente varones de los dieciocho a los treinta y tantos años, tienen ya “callo” en labores de vigilancia electoral y resistencia cívica en las que han participado como activa punta de lanza desde 1983.

Dado que una de sus funciones es la de proporcionar comunicación instantánea mediante radios de banda civil que a su propio costo han instalado en sus vehículos (clandestinos, obviamente) toda su comunicación es a base de claves y su identificación es mediante sobrenombres.

Su líder es Sócrates, licenciado en administración y gerente general de una importante empresa de servicios en la localidad. Algunos de los coordinadores de área y “comanches” (comandantes) son gente como el Ganso, prestigiado dentista; el Pelucas, licenciado en administración y mediano empresario; el Ay Dos, gerente de finanzas de una maquiladora;

el Galeno, de la profesión que su nombre indica; el Requesón, pequeño empresario, y así por el estilo: gente preparada, inteligente, luchadora, acostumbrada al éxito, y como buenos fronterizos, muy entrones y muy aventados.

El día de las elecciones la acción de los Victorias empezó a las 6 de la mañana, repartidos en seis comandancias que cubrían toda la ciudad, ubicadas en locales estratégicamente situados y bien comunicados telefónicamente, distribuidos de acuerdo con la división de la población en diferentes distritos electorales. Al frente de cada una estaba uno de los comandantes apoyado por un abogado, un médico, una enfermera, un pelao equipado con cámara para tomar video de lo que fuese necesario, personal de apoyo y un grupo de 20 a 30 Victorias con automóviles equipados con radio, encargados de patrullar todas las casillas de la zona e inducir las acciones de defensa que fuesen necesarias o posibles. Los Victorias reportaban por radio a su comandante, que ordenaba la acción pertinente o reportaba a un cuartel central donde estaba Sócrates trabajando con un grupo directivo, incluidos representantes del PAN, diputados, abogados y en general, gente que pudiese ayudar a tomar decisiones rápidas frente a situaciones difíciles.

En ese cuartel había dos “scanners” (aparatos que sirven para escuchar conversaciones sostenidas por radio y que se pueden sintonizar a la frecuencia que se deseé): uno de ellos oía la banda del ejército y otro las de la policía municipal y de la Federal de Caminos, de modo que no sólo se tenía la información

que alimentaban los propios Victorias, sino también la de la competencia. (Al siguiente día, revisando la grabación que se había hecho de los scanners, un emprendedor Victoria se dio cuenta de que por radio se le habían dado instrucciones a uno de los grupos de la Federal de Caminos que participó activamente en la ejecución del fraude para que se comunicara con el licenciado fulano al teléfono equis; ni tardo ni perezoso se comunicó a ese teléfono, preguntó por el mismo licenciado y cuando le inquirieron de parte de quién, dio el nombre del coronel que mandó todas las operaciones del ejército el día anterior, con lo que el tal licenciado Inmediatamente se puso al teléfono y el Victoria salió del trance diciéndole que no se moviera de ahí porque “va mi coronel para allá”. Lo relevante fue que el teléfono era el de la oficina de coordinación de la campaña de Jaime Bermúdez, por si había duda de que desde ahí se participó en la ejecución del fraude).

El cuartel general estaba extraordinariamente bien disimulado en una casa habitación de la apariencia más inocente, por encima de la cual pasaron todo el día los helicópteros de la Federal de Caminos sin que logran detectar que ahí estaba el centro de comunicaciones de la oposición.

A las seis de la mañana ya estaba Sócrates pegado al radio recibiendo información y gritando instrucciones y a las tres de la mañana del lunes ahí seguía, apenas relevado en ratos por el Supermán. Era todo un espectáculo ver a Sócrates en acción, manejando toda la red de Victorias, midiendo riesgos, evaluando prioridades y tomando

decisiones; el lenguaje mismo de la comunicación es todo un discurso:

“Requesón: Va un cargamento de aceitunas por la Reforma; ponles cola y cópiame” (Traducción: Va un destacamento de soldados por la avenida Reforma; manda a alguien a que los siga e infórmame).

“Gaviota: Sacaron al 31 de la 101; mándales un 28 hecho la madre” (Sacaron al representante del PAN de la casilla 101; mándales un abogado).

PELUCAS, PELUCAS, PELUCAS, CONTÉSTAME!
PELUCAS, PELUCAS, NO TE HAGAS PENDEJO,
ME’STAS OYENDO, CONTESTA!

“Foca: No levanto al Ay Dos; hazme un puente a ver si lo copias (No logro que me conteste el Ay Dos; comunícate tú con él para que me sirvas de intermediario, a ver si lo puedes oír).

La mayoría de los Victorias terminaron su labor bien entrado el siguiente día; muchos de ellos faltaron a su trabajo, ya por desvelada y agotamiento, ya porque estaban en la cárcel, ya porque andaban tratando de sacar a sus compañeros. Varios de ellos entraron y salieron el mismo día, algunos más de una vez; otros no alcanzaron a salir y ahí siguieron. El abogado que platicó de la casilla donde la gente estaba cantando el himno nacional frente a la tropa, comentó también de un Victoria que ya lo tenía harto: a las 10 de la mañana lo encarcelaron por primera vez y mandó a alguien que logró sacarlo; para la

una de la tarde ya lo habían vuelto a embotellar y a soltar; a las diez de la noche, en que por cuarta vez lo sacaron de la cárcel y se reportó de nuevo a su comandancia, pidió que se lo presentaran, ya que nomás sabía de él por referencias; se le apersonó un mocoso de 19 años, cuyo delito había sido andar todo el día operando la cámara de videotape en la que se registraron multitud de irregularidades, que a esa hora andaba “todo revolcado, asoleado, desgredado y con toda naturalidad pregunta “¿A dónde vamos ahora, licenciado?” Y agregaba “¿Cómo te puedes tú rajar frente a un escuincle que te está dando esa lección?”.

Y si bien la labor de los Victorias fue particularmente intensa el 6 de julio, ni empezó ni terminó ahí. Lo mismo estuvieron en la campaña que en todas las actividades posteriores de protesta, al grado de que a pesar de su preocupación por la discreción y el anonimato -que ha logrado que relativamente pocas gentes sepan de su existencia- su fama llegó hasta el mismísimo Secretario de Gobernación. Después de la elección, los diputados panistas lograron una entrevista con MMH para denunciar la magnitud del fraude y solicitarle se anularan las elecciones; los mandó con Bartlett a una reunión cuyo único resultado fue acordar volverse a reunir y a esa segunda junta se les agregó Francisco Barrio (“Pa’ romper lanzas de una vez, si no se ve que haya intención de arreglar”) quien, contra lo usual, llegó a la Secretaría vistiendo pantalón de mezclilla, botas y camisa vaquera, sombrero texano y lentes oscuros (“Pa’ que sepa el cabrón que no voy a jugar con sus reglas”) y su comentario fue que en un

ambiente muy formal y muy frío, Bartlett lo ignoró estudiadamente hasta el momento en que tuvo su primera intervención, provocando que lo embistiera con verdadero furor (“¿Y tú qué hiciste?”, le preguntó alguien a Barrio “Le contesté en forma comedida pero enérgica, bajando la voz lo más posible; volvió a embestir en forma francamente visceral y le volví a contestar bajito, hasta que se dio cuenta y cambió el tono”). En esa ocasión el Secretario de Gobernación hizo alusión varias veces a los Victorias, unas con sorna, otras con sarcasmo, pero evidentemente bien informado de su existencia y de sus actividades. Quizá como resultado de esa misma atención, los Victorias han encontrado que sus claves han sido descifradas, sus frecuencias de comunicación son ya conocidas y en general, se ha invertido trabajo y esfuerzo en infiltrarlos. Cuestionado a su vez el Sócrates sobre la infiltración, comentó que están ya trabajando “en varios enroques pa' cambiar claves y señales, más que nada pa' proteger a los más vistos”.

Aun en los ratos en que no andaban organizadamente participando en acciones de protesta, los Victorias no desaprovechaban oportunidad. Al radio operador de la Federal de Caminos -nombre clave Oca India- le agarraron la frecuencia y por lo tanto, le tomaron también el número; radioaficionados de los mismos Victorias, que cuentan con equipo diverso y potente, se le metían en su frecuencia cuando estaba dando instrucciones a sus muchachas y “le tronaban el aguacate”, expresión con la que se refieren a la acción de activar un micrófono en esa frecuencia, de modo que se oiga nada más el ruido que hace el

micrófono al activarse y desactivarse; la discolería consistía en que lo tronaban de modo que se oyera el sonsonete del claxonazo de “Barrio sí, Baeza no”, a lo que por lo general Oca India respondía con leperadas impublicables, que por supuesto, recibían otra tronada de aguacate como contestación.

En otra ocasión, para probar si sus claves de cambio de canales habían sido interceptadas, difundieron la instrucción de concentrarse en uno de los comités electorales para incendiarlo. Ningún Victoria acudió, pero el lugar se llenó de soldados.

En las semanas siguientes a la elección, cuando las acciones de protesta se multiplicaron en todos los frentes, los Victorias no tuvieron descanso. Ya participando en apoyo a diversos grupos, ya en eventos del partido, el ritmo mismo de actividad y el grado de exposición les empezó a causar bajas: dos de ellos tuvieron accidentes automovilísticos cuando andaban en acción, uno de los cuales fue de gravedad suficiente para ir a dar a terapia intensiva; hubo varios a los que sus esposas obligaron a salir de la ciudad en plan de vacaciones como único escape a la ya insostenible tensión de las señoras que sabían el grado de riesgo que tomaban; otros simplemente llegaron al límite de su resistencia.

Pero todos regresaron. Y siguen.

LOS AYUNANTES

Tres chihuahuenses llevaron a cabo un ayuno público, manifestando que estarían dispuestos a

llevarlo hasta el fin si el sistema no respetaba la verdad en Chihuahua.

Ellos fueron Don Luis H. Álvarez, alcalde de la ciudad de Chihuahua con licencia, de 66 años de edad y 40 de ellos como militante y dirigente panista, incluyendo participaciones como candidato a la gubernatura del estado y a la presidencia de la República; Víctor Manuel Oropeza, médico Homeópata egresado del Politécnico Nacional, fundador del PMT -de donde después lo corrió Heberto Castillo por diferencias personales- manifiestamente luchador de orientación izquierdista, articulista de página editorial en un diario local; y Francisco Villarreal, licenciado en Filosofía egresado de la Sorbona, empresario, ferviente antipatizador del PAN, ex-accionista mayoritario de Mueblerías Villarreal -que vendió a Eloy Vallina en la bonanza de 1981- con antecedentes de activista social que incluyen trabajo largo de educación, apoyo y organización a los pepenadores de basura de Ciudad Juárez y a un ejido en la Laguna.

Sin más elementos en común que su amistad y una auténtica preocupación por defender la democracia, decidieron iniciar su ayuno y anunciar públicamente que lo continuarían hasta sus últimas consecuencias si no se respetaban dos exigencias básicas: libertad de los chihuahuenses para votar y respeto irrestricto al voto.

Como ya se veía la intención de fraude, el ayuno se inició desde el 1o. de julio -seis días antes de las elecciones- para que no hubiese la excusa de que “a

toro pasado” ya nada se podía hacer.

Don Luis H. Álvarez se instaló en la ciudad de Chihuahua, en el kiosco del parque Lerdo, arbolado y apacible jardín ubicado en una zona residencial que en un tiempo fue de la clase alta, actualmente de clase media alta.

Oropeza y Villarreal lo hicieron en el parque del Monumento a Benito Juárez en Ciudad Juárez (que todo mundo conoce simplemente como “el Monumento”) donde el ambiente es totalmente distinto; centralmente localizado, es punto de iniciación de rutas de transporte urbano, lugar de ruido ininterrumpido, de mucho tráfico, de concentración de desempleados y borrachines que lo usan para dormir la cruda y también, simbólicamente, el corazón de la ciudad. El Monumento y el parque Lerdo reflejan con bastante precisión las diferencias entre ambas poblaciones.

En un espacio libre entre varios árboles frondosos se instalaron tres tiendas de campaña, una para que durmiera cada uno y otra, planeada para usarse durante el día, inmediatamente se convirtió en la oficina de Oropeza. Se acordonó -literalmente; se limitó con postes de un metro de alto unidos por una cuerda- una zona de aproximadamente 20 por 25 metros que se bautizó como el “Campamento de la Verdad”. Para dar algo de comodidad a los ayunantes en el verano inclemente de Juárez, se buscó que dentro del campamento quedara una de las llaves de agua del parque y se trató de contratar un servicio provisional con la Comisión Federal de Electricidad

para que tuviesen luz y pudiesen conectar algún ventilador y quizá un aparato de televisión; como era de esperarse la Comisión negó el servicio, así que en obvio de trámite simplemente se optó por tomarlo del poste más cercano.

Los ayunantes se convirtieron en inspiración y centro de atención del movimiento de oposición. Desde el primero hasta el último día peregrinaron gentes por el Monumento a ofrecer su apoyo y solidaridad, con gestos de lo conmovedor a lo ridículo: la señora que llevaba una flor cada día, el pintor de brocha gorda que entregaba una cita bíblica diaria, el ex-minero que se ofrecía para empezar a dinamitar lo que se le indicara, las secretarias de una dependencia oficial que pusieron un puesto de tacos para recabar fondos para el movimiento, el anciano anónimo que se acercó a Villarreal para decirle, todo dignidad, que apoyaba su gesto “porque lo que ocurre en el país me ofende”. (La esposa de Gustavo Elizondo, el candidato a la presidencia municipal, le llevó al mismo Francisco Villarreal una carta que le entregó en un mitin una viejecita de muy humilde condición con la súplica de que la hiciera llegar “al señor Villarreal, usted que lo conoce”; dentro de un sobre blanco iban tres billetes de un dólar, sin más explicación, que la pobre mujer enviaba anónimamente al millonario ex-empresario. Venía a la mente la parábola bíblica de las moneditas de cobre que la viuda dio de limosna).

Para captar y dar salidas a esa solidaridad, se instalaron en el Monumento dos mesas con grupos de señoras atendiéndolas por turnos, con libros para que la gente dispuesta a colaborar en algo se anotara;

sin haber hecho publicidad ni promoción, al cabo de 40 días se tenían 10 libros -no totalmente llenos- donde varios miles de personas habían anotado sus nombres y domicilios para que se les asignaran tareas.

La determinación de los ayunantes a morir por la verdad en Chihuahua si fuese necesario, operó como un acicate muy eficaz para hacer lo que hubiera que hacer con tal de no dejarlos morir. En momentos en que la causa se veía perdida y el pueblo sufría desaliento, recordaba a los tres ayunantes y volvía a salir a la calle con el mismo entusiasmo de siempre. Los mítines fueron desencadenando en marchas al Monumento, los desplegados de cuanto grupo espontáneo se cotizaba para gritar su verdad en un periódico los mencionaban como ejemplo, y el inefable claxonazo de “Barrio sí, Baeza no!” se escuchaba en el Monumento a todas horas. Además, conforme los días fueron transcurriendo y su salud, particularmente en el caso de Luis Álvarez, se veía seriamente amenazada, se convirtieron en verdadera preocupación para el gobierno.

Sin lugar a dudas, esa acción de ayuno público de tres ciudadanos fue uno de los elementos más importantes, un activo catalizador y poderoso motor del movimiento de oposición en Chihuahua.

Desde que iniciaron el ayuno, convinieron expresamente en que cualquier decisión se tendría que tomar por unanimidad. Dado que Luis Álvarez estaba en Chihuahua y Oropeza y Villarreal en Juárez, como consecuencia de la muy mexicana paranoia

hacia los teléfonos intervenidos, la comunicación entre ellos se hacía por mensajes escritos o grabados que se enviaban los 365 kilómetros que dista una ciudad de la otra, en un proceso lento y poco ágil. Conforme las circunstancias fueron evolucionando y se fue haciendo patente que el sistema los dejaría morir sin contemplaciones, sus familiares y amigos, los dirigentes del movimiento, personalidades de todo el país, y el pueblo que nunca se les separó, empezaron a presionarlos para que dejaran el ayuno y siguieran la lucha por otros medios, a lo que tercamente se rehusaron hasta que verdaderamente estuvo en peligro serio la supervivencia de don Luis. Tomar la decisión de seguir viviendo les fue mucho más difícil que tomar la decisión de morirse.

Hasta el Monumento llegaron presidentes nacionales de partidos políticos, periodistas nacionales y extranjeros, padres con sus niños a mostrarles el ejemplo de civismo, agentes de Gobernación y grupos de provocadores, mexicanos residentes en Estados Unidos, curas y obispos, y hasta un pelao en un gigantesco globo aerostático; pero, sobre todo, pueblo. Pueblo generoso, participativo y solidario, a llevar su mensaje de aliento.

LOS OBISPOS

Los obispos de Chihuahua se definieron temprano, claro y fuerte. Almeida, Talamás y Llaguno no sólo fueron de las primeras voces que públicamente denunciaron el fraude que se perfilaba, sino que en ningún momento han dejado de expresar su honda preocupación por la situación en Chihuahua.

Aunque corifeos del sistema hayan tratado de distorsionar su abierta denuncia señalando que se reafirma la conjura cleropolítico-PAN, los obispos han dejado muy claro que su actuación no es partidista sino pastoral y que no defienden la plataforma del blanquiazul, sino el respeto a los derechos humanos.

En cartas diocesanas que se leyeron en todos los templos, en proclamas firmadas por los obispos de Chihuahua y de la región lagunera, en entrevistas y desplegados de prensa, instaron a los católicos a la congruencia cristiana en política, denunciaron y condenaron el fraude y además, en forma expresa, legitimaron moralmente algunas de las acciones de protesta más enérgicas, como el ayuno.

En una acción verdaderamente transcendental, el Arzobispo Almeida decretó el cierre de los templos de toda la arquidiócesis de Chihuahua para el domingo 20 de julio, como medida de desagravio por el pecado social cometido por el fraude electoral, aunque se vio obligado a suspenderla por orden del Vaticano que le fue transmitida por Monseñor PRigione. Obedeció la orden, pero no bajó ni el tono ni la Intensidad de su protesta.

Siguiendo el ejemplo de sus obispos, el presbiterio de todo el Estado tomó la misma postura. ¿Clero político? Puede ser. Pero el sentimiento en Chihuahua fue que por esta vez la Iglesia no llegó tarde a la cita con la historia.

LA PROTESTA

Como ya se había hecho costumbre entre los panistas en los años anteriores, la noche del 6 de julio fueron concentrándose sus representantes de casilla en las oficinas del partido a entregar sus actas de escrutinio y a celebrar la victoria; y curiosamente, esa noche la victoria se celebró en grande, ya que a pesar de todas las “pequeñas irregularidades” ocurridas durante la jornada, los resultados les seguían siendo favorables. Así, mientras en las oficinas de coordinación de campaña de Jaime Bermúdez se encontraban unos cuantos partidarios en la conferencia de prensa en que, a las siete de la tarde, mucho antes de que cerraran las votaciones, se dio a conocer que el PRI había arrollado, en el PAN se empezó a concentrar la multitud de las nueve de la noche en delante, a recibir y festejar a cada representante que llegaba con su respectiva acta de cierre de casilla. Fiesta popular en toda forma.

Pero a diferencia de años anteriores, en esta ocasión no tuvieron copia de todas las actas. Les faltaron precisamente las de las casillas en que sus representantes fueron corridos o descalificados, donde el relleno de urnas no tuvo límite y cuyas cifras se dieron a conocer por el PRI los siguientes días; ahí fue donde se hizo la gran diferencia y donde la elección se “ganó”.

Aunque ya desde el domingo 6 de julio hubo muchas personas que salieron de las casillas rabiando de coraje y maquinando formas de desahogarlo, por lo pronto no pasó mayor cosa. Transcurrieron dos

o tres días de calma aparente, que pudieran hacer pensar que, como en otras partes, aquí no ocurriría nada. Luego vino la explosión.

Conforme se fue aclarando lo que había pasado, las reacciones se fueron multiplicando y acelerando. Ante una prensa callada, sea por amenazas, sobornos o indiferencia, el PAN y los grupos cívicos se apresuraron a denunciar mediante desplegados lo que había ocurrido y ésa fue la señal de salida; durante los siguientes días y semanas los diarios hicieron el negocio del siglo con las inserciones de ciudadanos, individualmente o en grupo, dando testimonios de lo que habían vivido o presenciado y exigiendo remedio. El PAN convocó a un mitin de protesta el viernes 11 de julio y nuevamente la explanada de la Presidencia Municipal se llenó de pueblo de orilla a orilla, en cantidades que según quien hiciera la estimación fluctuaban de 30,000 a 100,000 personas. La misma multitud que en la campaña se había congregado para manifestar su entusiasmo, ahora lo hacía para ventilar su ira y su frustración.

Vistas las magnitudes del fraude, la demanda popular fue no que se diera el triunfo a Barrio, sino que se anularan las elecciones y se efectuaran de nuevo. Única forma de conocer realmente la verdad en Chihuahua, por demás justificada a la luz de todas las pruebas y evidencias que se logró acumular. Pero no. El sistema ya había dicho su última palabra.

A partir del 6 de julio, consumado el atraco, el PRI y los priístas desaparecieron del escenario. La

intensísima publicidad anterior a la elección se terminó, las planas de los periódicos se dejaron a la oposición y como por arte de magia aparecieron cuadrillas dedicadas a borrar y blanquear bardas y carteles de propaganda. La intención muy clara era no hacer frente, dejar que la oposición se desgastara y apagara con el transcurso del tiempo; pero esta táctica, que en otras partes funcionó bien, en Juárez fracasó estrepitosamente en cuanto al objetivo de apagar la protesta; la inconformidad no sólo llenó los diarios y las bardas, sino también las calles, las carreteras, los puentes internacionales y todos los espacios de la vida local.

Y fue en las acciones de protesta, igual que como ocurrió en el Monumento, donde la espontaneidad, la solidaridad y la convivencia alcanzaron su máxima expresión.

Una de las primeras acciones de protesta fue, al fin realizada por mujeres, sutilmente bella. Los ayunantes tomaron como símbolo un clavel rojo; a partir del 7 de julio empezó a desfilar por los locales de los tres comités electorales en que se habían concentrado y guardaban las urnas que contenían las boletas de votación, custodiadas por el ejército las 24 horas del día, un grupo de señoras impecablemente vestidas y arregladas, puntualmente a las 5 de la tarde, a regalar un clavel rojo a cada soldado. Seguramente no muy habituada a la amabilidad, la tropa reaccionó inicialmente con extrañeza (el primer día, después de que dos soldados habían ya aceptado el clavel, un tercero titubeó y antes de tomarlo preguntó a su compañero “¿Qué hago?” a

lo que enfáticamente se le respondió “Pos agárrelo, güey!”) que muy pronto dio lugar, lógicamente, a gestos recíprocos de amabilidad y de amistad. Para el tercer día ya se permitía a las señoras cruzar por la parte bloqueada de la calle para entregar la flor a los soldados que estaban al otro lado del bloqueo, en lugar de hacerles rodear toda la manzana como al principio; el cuarto día algunos soldados despidieron a las señoras haciendo subrepticamente con los dedos la “V” de la victoria que era símbolo del movimiento; el sexto día, que sería el último, porque al siguiente se haría el cómputo de votos y terminarían las guardias, los soldados de uno de los comités se resistieron a recibir el clavel (uno de ellos se atrevió a comentar: “No se vayan a molestar por favor; nosotros sí queremos recibir la flor, pero ya desde ayer los jefes nos lo prohibieron y arrestaron a los que la aceptaron”) de modo que a ellos se los depositaron a los pies y se retiraron.

Por supuesto que no toda la protesta fue tan amable. Algunos presidentes de casilla, identificados por sus vecinos como cómplices del fraude, recibieron directamente su enojo. El patrón de conducta más común consistió en que una comisión abordaba al interfecto, le hacía ver que lo conocían como persona honrada y sensata y le invitaban a que denunciara el fraude, lo que evidentemente no podía hacer; después de agotar toda posibilidad de convencimiento, se le empezaba a cargar la mano: el vecindario empezaba a vaciar toda su basura en el jardín o en la acera del defraudador; la casa o la acera amanecía con una pinta que decía “Aquí vive un ladrón electoral”; se prohibía a los niños jugar

con sus hijos; y en el caso de establecimientos comerciales de barriada se les desaparecía la clientela. Hubo presidentes de casilla que tuvieron que salir de la ciudad o cuando menos mudarse temporalmente para huir de la presión. Cuestionado sobre la medida, uno de los dirigentes de un grupo que ayudó a llevarla a cabo la justificó diciendo que es importante hacer ver que no siempre se puede actuar con impunidad, “pa que la siguiente vez se la piensen”.

En una sucursal de Banpaís, cuyo gerente fue presidente de casilla defraudadora, se presentó un grupo de jóvenes con una caja grande, diciendo que llevaban un regalo al Sr. Fulano de Tal, les señalaron su escritorio y sobre él le vaciaron la caja, que contenía un montón de huesos malolientes: “¿Querías hueso? Ahí tienes pa' que te hartes”.

El principal accionista de la cadena de supermercados, tiendas de descuento y centros comerciales Futurama se definió desde la campaña como decidido simpatizador de Baeza. Hasta ahí, santo y bueno, muy su derecho y muy su gusto. Pero lo malo es que a veces la gente se pasa de lista y eso ocurrió en este caso; por principio de cuentas, cuando los organismos cívicos realizaron campañas de promoción de empadronamiento antes de la elección, trataron de instalar módulos en sus centros comerciales, se les prohibió y poco después funcionaban ahí centros de promoción de afiliación al PRI; sin embargo, lo peor fue que personalmente se presentó a las oficinas centrales de la Organización Editorial Mexicana en la ciudad

de México a exigir la remoción de un funcionario local que, según él, estaba siendo parcial al PAN, amenazando con retirar toda su publicidad, con lo que consiguió no que se removiera al funcionario, sino que se divulgara su acción. En cuanto ocurrió el fraude, este señor se convirtió en un blanco ideal para descargar coraje. Un buen día se presentaron a dos de sus más grandes supermercados sendos grupos de señoras -las señoras, siempre las señoras- a realizar abundantes compras, principalmente de artículos perecederos; cargaron sus carritos hasta el tope de leche, crema, carne (una de ellas, en un arranque de creatividad, le explicó al carnicero que iba a tener una cena a base de comida árabe y le pidió que le moliera varios kilos de carne de res, de cordero y de puerco, revuelta), alimentos congelados, nieves y helados. Cuando llegaron a las cajas registradoras se dieron cuenta que curiosamente, a todas se les había olvidado el dinero, así que se retiraron del supermercado y dejaron los carros llenos de mercancía perecedera regados por todo el piso. Puestas en ese camino, no faltó un metiche que las asesorara para maximizar el daño y dos días después llegaron ya no a supermercados, sino a la tienda de departamentos, al área de ropa, donde se midieron toda clase de prendas, no encontraron nada de su gusto y se retiraron, dejando perfectamente “descuadrada” la tienda (según su oficioso asesor, una tienda de autoservicio de ropa se descuadra cuando se mezclan prendas del mismo tipo, pero de distintas tallas, con lo que se crea un monumental problema de descontrol y desorden). La siguiente vez que aparecieron, las tiendas tenían ya vigilancia de Gobernación que inmediatamente se les apersonó,

previno y fotografió, así que se vieron obligadas a dejar la acción subversiva y la emprendieron abierta; convocaron grupos auxiliares de gente y se plantaron en los estacionamientos, donde hasta la fecha continúan, con pancartas que dicen: “Futurama apoya al fraude electoral. No compre en este negocio”. Según comentarios de inquilinos de los mismos centros comerciales y cálculos basados en el número de cajas registradoras abiertas, se estima que sus ventas han bajado entre 30 y 40%.

Acciones como ésta y otras pusieron a algunas personas entre la espada y la pared. La gerencia de Futurama sabe que muchos de sus funcionarios y empleados participan activamente en el movimiento de oposición y no encuentra cómo manejarse ante ellos; locatarios de los centros comerciales en los que la tienda principal es de Futurama son activistas de oposición, que no sólo no protestan por el boicot que también afecta directamente a sus negocios, sino que se han opuesto a que se tomen acciones de represalia que se han propuesto a la asociación de usuarios y condóminos.

La protesta se difundió y multiplicó. Un grupo de empleados administrativos de plantas maquiladoras convocó a los trabajadores de toda la industria a que iniciaran paros de labores de 10 minutos diarios dentro de las fábricas, que si bien fue acción que no se extendió mucho, sí causó molestias.

Con base en los libros de registro de firmas de los ayunantes en el Monumento, a alguien se le ocurrió la idea, se puso a trabajar y sacó los números de

teléfono de varios cientos de personas que se habían anotado ahí y disponen de ese medio de comunicación, que luego organizó en una cadena telefónica; es decir, una organización tipo pirámide en la que cuando se requería se llamaba a un grupo relativamente pequeño de personas, cada una de las cuales, a su vez, tenía una lista de nombres y teléfonos a las que llamaba para transmitir instrucciones o convocar a acciones específicas. La cadena, como se le designó por todo mundo, no sólo se convirtió en uno de los grupos más activos y comprometidos, sino en el mecanismo de respuesta más rápida y confiable y en un instrumento de multiplicación de convocatorias cuya eficacia no tuvo paralelo.

Un grupo de comerciantes, molestos porque los dirigentes de la Cámara de Comercio no denunciaron el fraude (como lo hizo su similar en Chihuahua) y la Concanaco, emprendieron una acción para deponer a los dirigentes y tomar la Cámara. Aunque lograron convocar a varios cientos de socios, finalmente fueron controlados y reprimidos y su acción quedó tan sólo en una bomba de tiempo que seguramente explotará en diciembre, cuando lleguen las elecciones ordinarias.

Y así se dieron multitud de acciones espontáneas, independientes, adicionales a las que organizó el PAN, que tampoco pecó de inactivo. Organizó bloqueos de calles, consistentes en que todos los automovilistas detuviesen su vehículo por diez minutos donde estuviesen a las dos de la tarde, con lo que se tuvo un caos vial por un buen tiempo; bloqueó la casa y varios negocios de Jaime Bermúdez,

estaciones de radio consideradas enemigas de su causa, la recaudación de rentas y centrales de autobuses. Y realizó montones de mítines, a los que la gente aparentemente nunca se cansó de asistir; se le convocaba, y se le volvía a convocar, y seguía participando con el entusiasmo del primer día. (En uno de los últimos mítines en la plaza de armas, de entre las decenas de miles presentes se desprendió un flaco desgarrado que ágilmente se trepó a la marquesina del cine que nunca falta frente a la plaza principal de cualquier ciudad que se respete, y rápidamente cambió las letras de las películas que se anunciaban a que leyeran “BARRIO Y ELIZONDO SI” y se bajó muy satisfecho. Ese mismo mitin terminó con una marcha de antorchas al Monumento, para la que cada quien fabricó y llevó su antorcha; cuando la marcha cruzaba las vías del ferrocarril, una máquina de patio arrastrando varios vagones avanzó contra ella sonando el silbato a todo volumen. La gente primero retrocedió, luego reaccionó y se echó sobre la máquina, antorchas encendidas por delante; el maquinista cambió de opinión y optó por regresarse por donde había venido).

De entre las acciones más relevantes, no tanto por el efecto que pudiesen haber tenido y que a la postre fue nulo para el objetivo partidista de ganar y posteriormente anular las elecciones, sino por las características mismas de la movilización, cabe mencionar las siguientes:

El bloqueo de carreteras: Se realizó simultáneamente en todo el estado, pero en Juárez se organizó “con las patas”. Sócrates puso el grito en

el cielo cuando se enteró, dos horas antes de que empezara, de la forma en que se había convocado: se realizaría a las seis de la tarde, en una glorieta donde convergen la carretera Panamericana y la carretera a Casas Grandes; para llegar ahí, habría que pasar por zonas dominadas por el Comité de Defensa Popular, grupo de choque afín al PRI; el lugar está en medio del desierto, de modo que en caso de represión se tendría gente huyendo hacia donde más se le pudiese golpear; y no se organizaron ningunas medidas específicas de seguridad para proteger a la multitud. Pintaba como la ocasión ideal para que empezara la represión en toda forma y de hecho así se inició; cuando apenas había unas 200 personas en la glorieta empezó a bajar amenazadoramente sobre ellas un helicóptero de la Federal de Caminos, que después de pegarles una buena polveada y mejor susto se elevó y siguió volando sobre el lugar hasta que se tuvo que ir, porque todo fue que empezara a llegar gente, que siguió llegando, y siguió hasta que el bloqueo cubría aproximadamente 8 kilómetros sobre la carretera Panamericana y 6 sobre la de Casas Grandes, empacados de vehículos de todos tipos y gente en plan de fiesta; llegaban familias completas, bajaban sillas, hieleras, radios, sombrillas y se armaba el ambiente con la gente de al lado, que ya no eran desconocidos, sino compañeros de lucha. El bloqueo llegó hasta la entrada del aeropuerto internacional, donde durante ese tiempo aterrizó un avión procedente de la ciudad de México, cuyos pasajeros tuvieron que esperar a que terminara la obstrucción o aventurarse a caminar para tratar de llegar a donde hubiese taxis; quienes se decidieron a caminar tuvieron la agradable sorpresa de que

gentes del bloqueo se ofrecieron y los llevaron en sus automóviles hasta su lugar de destino. Lo mismo ocurrió con un autobús que venía del sur, en el que viajaba una señora con una niña enferma a la que llevaba de urgencia a atención médica a El Paso y a quien inmediatamente un vehículo de uno de los bloqueadores llevó hasta la puerta del hospital al que iba; el chofer de ese autobús fue entrevistado por un reportero americano que le preguntó si después de tan largo viaje no le molestaba tener que esperar las dos horas que duraría el paro, a lo que el abnegado cafre respondió que “si ya llevamos 57 años esperando, como quiera nos echamos otras dos horas”.

La marcha del silencio: En alguno de los mítines (al que para variar asistieron decenas de miles), se le pidió al pueblo que llevara velas. Al terminar, Barrio invitó a que se realizara una marcha en silencio desde la explanada de la Presidencia Municipal (donde se efectuaba el acto), hasta el Monumento, conminando a los que quisieran participar lo hicieran con esa condición de absoluto silencio, lo que se antojaba un tanto incongruente en esas masas caracterizadas por su eterna, alegre, contagiosa bullanguería; se prendieron las velas y se inició la marcha. Increíble, indescriptiblemente impresionante. La multitud callada, alumbrada con velas, comunicándose a señas, ordenadamente tomando su lugar y caminando; al cruzar por dos avenidas muy transitadas se cortó el tránsito y no faltaron automovilistas que empezaran a pitar o a gritar leperadas a los marchistas, que no contestaron, y su mutismo fue callando a los automovilistas y

a todo el centro de la ciudad. Una vez llegados al Monumento se esperó a que se juntara toda la concentración y hasta entonces se rompió el silencio cantando el himno nacional; nomás que les falló la estimación de cuándo ya había llegado toda la gente, porque al terminar de cantar el himno seguía la calle vomitando manifestantes, así que se volvió a cantar el himno completo cinco veces, porque seguía brotando pueblo. Pero ese silencio multitudinario fue algo que sólo viviéndolo. Ciertamente gritó mucho más fuerte que todos los claxonazos, todos los discursos y toda la algarabía.

La cadena de la democracia: Se convocó a formar una cadena humana que pretendía cubrir un recorrido de 60 kilómetros por distintas calles de la ciudad, con personas tomadas de la mano. Como en muchos eventos organizados por el PAN, particularmente después del 6 de julio en que de hecho se había ya terminado la organización de campaña y se estaba reaccionando a situaciones que se desarrollaban demasiado rápido, la convocatoria estuvo deficiente: se hizo por conducto de periódicos, que el 80% del pueblo no lee, el volanteo fue escaso y tarde, radio y televisión estaban como siempre vedados, la hora a que se programó (5 de la tarde) fue inoportuna, el personal al que se asignó la organización no logró completar los cuadros necesarios, etc. Para variar, el pueblo subsanó todas las deficiencias. La convocatoria a la cadena se corrió de boca en boca; el itinerario, que no estaba claro, se fue descifrando y a veces estableciendo sobre la marcha; y donde falló el personal designado para dirigir sobraron voluntarios que lo suplieran con creces. Aunque con

huecos notables, la dichosa cadena se extendió los sesenta kilómetros programados y llevó la fiesta por todas partes; por el vestuario y presentación de la gente se percibían claramente los distintos estratos sociales por donde cruzaba, pero el entusiasmo era uniforme y como en todos los actos de protesta, el ambiente era no sólo popular, sino familiar. En la cadena se integraban parejas, grupos de jóvenes de ambos sexos y sobre todo familias, frecuentemente con niños pequeños, muy bañados y emperifollados, que no tenían la menor idea de Barrio o Baeza, pero eran los más estentóreos detractores o admiradores y a quienes la vivencia, si no su significado, les quedará grabada. Y como a ellos, a todo mundo, cimentada en el contacto de una mano extraña hasta ese momento y con la que se hizo contacto amigable y solidario.

Y el bloqueo de los puentes internacionales, que merece capítulo aparte.

Aunque esta narración se refiere exclusivamente a Ciudad Juárez y no trata de cubrir lo que ocurrió en otras partes del Estado, hubo un acto de protesta tan elocuente que no se puede dejar de relatar. En el pueblito de Rodrigo M. Quevedo, más conocido por su antiguo nombre de Palomas -por donde Francisco Villa invadió a los Estados Unidos cuando tomó Columbus- jamás había habido presencia panista; como en algunos otros municipios, esta vez se creó un comité municipal que trabajó con ganas para elegir a su candidato a presidente municipal y, como en todo el Estado, también esa gente sintió que el 6 de julio se le despojó. Veinticinco

campesinos emprendieron una marcha desde Palomas hasta la Ciudad de Chihuahua, distante más de 500 kilómetros, caminando 50 kilómetros diarios a través de desiertos y llanuras apoyados por una destartalada pick up ejidataria, para finalmente llegar ante el colegio electoral a manifestar su inconformidad, a la que por supuesto se le hizo el mismo caso que al resto de Chihuahua. Otro heroico, estéril gesto.

EL PLEBISCITO

Las elecciones fueron el domingo 6 de julio y las juntas computadoras dieron sus resultados una semana después, el 13 de julio. El siguiente domingo, 20 de julio, se realizó un plebiscito convocado por los organismos cívicos para que el pueblo opinara si las elecciones habían sido válidas o fraudulentas.

Para las elecciones se instalaron 332 casillas por toda la ciudad, la gran mayoría, si no todas, en casas particulares; se organizó su funcionamiento con toda anticipación, se designó personal que las atendiera y se convocó con toda la formalidad del caso. El plebiscito se empezó a organizar con menos de una semana de anticipación -sin más respaldo a su convocatoria que el nombre del COLUDE- con obstáculos serios para difundir la invitación a participar.

Reconociendo las limitaciones de tiempo y de recursos se instalaron únicamente 15 casillas, todas en parques públicos y al aire libre, asignando la operación de cada una al comité de vecinos de la

zona auxiliado por miembros de los demás grupos cívicos.

Se construyeron urnas en forma de cubo de un metro por lado, con cuatro caras de poliestireno y dos de vidrio que permitiesen que el proceso fuese transparente; se imprimieron boletas que decían “Las elecciones fueron: limpias y válidas o fraudulentas y nulas; se elaboraron formas de actas de instalación y cierre de casillas; se dotó de marcadores para cruzar las boletas y de tinta indeleble, americana, que dos días después resistía todo intento a quitarla del dedo. Los encargados de asuntos electorales del PAN dieron un rápido adiestramiento a los comités de vecinos sobre procedimientos y se invitó a que en cada casilla estuviese como testigo uno de los regidores del ayuntamiento, lo que aceptaron e hicieron. Y predeciblemente, los Victorias se encargaron de la comunicación y vigilancia; si el día 6 habían cuidado 332 casillas, quince ni a botana les supieron.

Respetando ciertos lineamientos comunes de orden y seguridad, cada grupo organizó su casilla según sus propias circunstancias. En todas ellas se delimitó la zona de la casilla con cuerdas, dejando puertas de entrada y de salida, y se instalaron sombras con lonas, con plásticos opacos o con cartones; donde el piso se prestaba, se señalaron rutas dibujando en el suelo flechas que indicaban la circulación, ya fuese con pintura o con “masking tape”, y se garabatearon letreros identificando entradas y salidas. Pero como en todo el movimiento, las decisiones se tomaron ahí mismo por la gente responsable de que el plebiscito fuese realizado con

limpieza, y se dieron las perlas de improvisación e imaginación que afloran cuando el pueblo toma las cosas en sus manos.

Por ejemplo, en el pueblo de Zaragoza, como a 12 Km. de Ciudad Juárez, la casilla se instaló en la plaza principal frente a la puerta de la iglesia; además del indispensable acordonamiento se montó una gran lona, soportada en el centro por una escalera y atada de las esquinas a un banco de la plaza, a un árbol, a la campana de la iglesia y a un camión. El problema consistía en que la escalera del centro no era de tipo “tijera”, de las que se abren y se auto soportan, sino una simple escalera vertical que carecía de sostén, de modo que se le proporcionó mediante un pelao que estuviese parado junto a ella, sosteniéndola, al que se le cambiaba cada media hora. Así de sencillo.

Para las ocho de la mañana que empezó el plebiscito ya había largas colas en todas las casillas, pero a diferencia del 6 de julio la votación fue muy ágil y rápida; quien mostraba su credencial de elector pasaba a que se le entintara el dedo -cosa que los respectivos voluntarios hacían con fervor y sin ahorro de tinta- recibía la boleta, pasaba a las mesas donde estaban los marcadores y se aseguraba privacía de voto mediante pequeños separadores de fibracel, la cruzaba y pasaba a depositarla en la urna, colocada aparte de las mesas en lugar bien visible.

Ver caer los votos dentro de urnas transparentes se convirtió en espectáculo. Todo el que depositaba su boleta se asomaba a verla caer y muchos, después de votar, se quedaban a seguir viendo a los demás.

Las urnas se vaciaban cada cuatro horas y se contaban los votos a la vista del público. En uno de los recuentos en la casilla del parque Hidalgo, un señor que observaba desde fuera de la cuerda, con apariencia de obrero, comentó: “¡Qué diferencia! Si así hubiéramos votado, orita no andaríamos en los líos que andamos; si el gobierno no tiene pa' comprar urnas transparentes nos había de decir y entre todos las pagamos”. Bendita ingenuidad.

Para las ocho de la noche que terminó el plebiscito habían acudido a sufragar más de 85,000 personas, de las que 98.7% opinaron que las elecciones habían sido fraudulentas, 1% que habían sido válidas y el resto fueron boletas canceladas por irregularidades diversas, a veces con criterios excesivamente rigurosos.

La importancia de esa cifra trató de minimizarse por el sistema diciendo que en esencia coincidía con los votos que obtuvo el PAN en la elección, o sea, que fueron los panistas quienes acudieron otra vez a sufragar. La verdad es que tuvo una trascendencia mucho mayor si se considera que el plebiscito no fue un acto oficial, sino una auscultación a la ciudadanía, organizada por un grupo cívico; que por haberse efectuado en sólo 15 casillas resultó molesto y tardado para los votantes tenerse que movilizar, a veces largas distancias; que se realizó dos semanas después de haber tenido que tolerar larguísimas esperas y molestias para votar, por lo que no había precisamente un antecedente agradable; y sobre todo, que la convocatoria al plebiscito fue hecha con poco tiempo e insuficientemente difundida.

Si a pesar de todos esos factores, más de 85,000 personas acudieron voluntariamente a expresar inconformidad con las elecciones, algo debió significar.

Y la misma historia: el pueblo llenando vacíos, respondiendo en masa, familias enteras acudiendo con sus niños a sufragar; solidaridad y participación por todos los costados. En el desusado julio del '86 en Juárez, ese domingo nuevamente llovió a cántaros, un prolongado chaparrón de desierto que duró largo rato; en la casilla instalada sobre el estacionamiento del centro comercial del Pronaf, mal guarecida por una lona insuficiente, tuvieron que quedarse unos cuantos voluntarios mientras los demás se resguardaban en los automóviles, porque en medio del diluvio seguía llegando la gente a votar.

Un mediano empresario que en la campaña había apoyado económicamente varias actividades de la oposición, desde el 6 de julio estaba necio en ofrecerse para ayudar en algo más, así que cuando se organizaba el plebiscito y se identificó la necesidad de abastecer de comida a los voluntarios que atenderían las casillas, alguien se acordó de él, le llamó y le pidió que donara y se encargara de preparar 600 raciones de alimentos, lo que inmediatamente aceptó; pidió auxilio a las secretarías de su empresa y se comprometieron a hacerse cargo de la tarea. Les entregó dinero, fueron y compraron los ingredientes y se dieron cita para prepararlos en la madrugada del día del plebiscito, de manera que estuvieran frescos a la hora de servirse, y para las once de la mañana tenían las 600 raciones listas, empacadas

individualmente en cajitas de poliestireno de las que usan los restaurantes de servicio a domicilio. Una señora que estuvo de voluntaria atendiendo una de las casillas se maravillaba del esmero de ese grupo de secretarias y el cuidado y cariño que habían puesto en su trabajo: en cada porción iban dos sándwiches, cada uno envuelto individualmente en su bolsita de polietileno para que no se hiciera duro; una fruta fresca; porciones de sal, mostaza y salsa de tomate, en el empaque de aluminio que se usa en restaurantes; un par de dulces de sabor y un par de mentas; servilleta; dos aspirinas; y hasta un par de palillos envueltos en su empaque de celofán. Ciertamente muy diferente del par de tortas que habitualmente se reparte en las grandes concentraciones de acarreados. (Por cierto, esa señora tuvo la finura de enviar una bella carta a las secretarias agradeciendo su atención, misma que rápidamente fue fotocopiada y expuesta en todos los escritorios como valioso diploma).

El plebiscito tuvo dos efectos: el inmediato, que al permitir medir la opinión del pueblo sobre las elecciones proporcionó una base sólida para continuar la protesta; y el de largo plazo, difícil de pronosticar, que habrá de resultar de que 85,000 ciudadanos tuviesen la vivencia de votar en urnas transparentes, a la vista del público, sin obstáculos ni artimañas. Ese recuerdo ahí queda.

LOS PUENTES

Los puentes internacionales sobre el Río Bravo son objetos de fuerte simbolismo para el fronterizo.

Es en ellos donde la patria comienza, son la ventana al extranjero, la puerta de escape en pos de una real o supuesta mejoría económica, las venas por donde se nutre la comunidad de la actividad turística e industrial que le sostienen, son un reflejo de una libertad de ir y venir. Son, también, símbolo de la presencia y el poder del gobierno federal, con características de extraterritorialidad e independencia de la jurisdicción municipal.

Los juarenses recuerdan que en la época moderna los puentes se cerraron cuando el asesinato de John Kennedy, se obstaculizaron cuando la malhadada operación “Interceptación” del Sr. Nixon, se bloqueó uno de ellos por unas horas como acto de protesta popular hace aproximadamente 20 años cuando una coalición ciudadana luchó contra cambios que el gobierno federal pretendía imponer en el régimen de utilización de automóviles fronterizos, y nuevamente trató de bloquearse hace dos años por el Comité de Defensa Popular, lo que fue impedido precisamente por la administración panista de Francisco Barrio. En julio y agosto el movimiento de oposición tomó los puentes. Por horas, por días enteros; un puente, dos y tres a la vez; la posesión de los puentes se convirtió, como ninguna otra, en la acción de protesta y de desafío al gobierno federal.

Existen en Juárez cuatro puentes por los cuales se efectúan aproximadamente setenta millones de cruces fronterizos al año, o sea, casi 200,000 diarios. Son el de la Avenida Juárez, en el centro de la ciudad, con circulación de sur a norte; el de la calle Lerdo, también en el centro, con circulación de

norte a sur; el de la isla de Córdoba, en el antiguo Chamizal -llamado el puente libre por los fronterizos para distinguirlo de los del centro que son de paga- con circulación en ambos sentidos que incluye alrededor de 700 tráileres diarios con mercancía de importación de la industria maquiladora y otros tantos a la exportación; y el de Zaragoza, 12 Km. al Oriente de Ciudad Juárez, estrecho puente con un solo carril en cada sentido.

La primera toma de los puentes se dio el viernes 11 de julio. En un mitin a las ocho de la noche en la explanada de la Presidencia Municipal -que queda junto a la frontera y en medio de los puentes de la Juárez y la Lerdo- se dio para variar la presencia de decenas de miles de gentes. La Federal de Caminos cumplía celosamente su misión de vigilancia, tanto en los helicópteros que sobre volaban la concentración cosechando entusiastas mentadas y a los que se oía en los “scanners” reportar una asistencia estimada de ocho a diez mil personas cuando la multitud se aproximaba a las cincuenta mil, como destacados sobre los puentes mismos, que se habían confiado a su muy eficaz cuidado.

Al final del mitin, que era un apretado mar de banderolas anaranjadas, Gustavo Elizondo pidió a la concurrencia que bajara todas las banderas hasta el suelo para que ninguna obstaculizara la vista y una vez que lo hubieron hecho, preguntó si estarían dispuestos a emprender en ese momento una enérgica acción de protesta, a lo que lógicamente el rugido contestó afirmativamente, de modo que invitó a que se tomaran los puentes por un par de

horas y dirigió a la multitud, “los que están de aquí a la derecha se van para allá y los que están de aquí a la izquierda se van para allá, donde se ven aquellas dos banderas”. Y oh sorpresa, que en cada puente estaba un mentecato con una gran bandera del PAN, así que pos la gente se fue y tomó los puentes.

Los aguerridos asaltantes de la Federal de Caminos se enfrentaron a la multitud en el puente de la Lerdo con rifles, macanas y latas de gas paralizador, formando una valla que tapaba totalmente la entrada al puente. Pero no contaban con la presencia de un diputado federal panista con tan poco seso como muchos pantalones, que olvidó el fuero en su casa y entró arrebatando macanas y empujando federales, con la funesta consecuencia de que su ejemplo cundió, los uniformados fueron rebasados por gente que pasó a ocupar el puente, se hizo la alegata y en cuestión de minutos los de Caminos iban, literalmente, en corrida. Cuando se corre se provoca persecución y precisamente eso ocurrió; al verlos correr no faltaron entusiastas que empezaron a seguirlos por el centro de la ciudad, hasta entonces todavía lleno de turistas, y ya en plena desesperación uno de ellos sacó la pistola e hizo varios disparos al aire. Error tras error; lejos de amedrentar, enardeció; más gente se unió a la persecución, pero de quién sabe dónde salieron patrullas de la policía de Tránsito del Estado en las que apresuradamente subieron los bravíos federales y se pusieron a salvo (cuando el relajo estaba en su apogeo, varias de las prostitutas de uno de los establecimientos de la Avenida Juárez que estaban sobre la acera presenciando el espectáculo entraron

corriendo al changarro y salieron nuevamente a la calle con sus banderolas del PAN, a echar porras y a gritar improperios contra los policías). Así que los perseguidores, frustrados, se regresaban al puente cuando he aquí que su mala suerte les hace toparse de manos a boca con una de las patrullitas de la Federal de Caminos que en el reborujo se había quedado por ahí y la frustración se convirtió en alegría; como por arte de magia apareció un recipiente de gasolina con el que se procedió a bañar la patrullita, pero en ese momento llegó uno de los dirigentes y usando la moderación y sensatez que siempre prevaleció en forma extraordinaria, dado el tamaño de las multitudes que anduvieron en las calles y la frecuencia con que lo hicieron -convenció de que no se le prendiera fuego-, para lo que ya estaba lista. Así que el incidente no pasó de que la patrullita quedara apestando a gasolina.

Mal se acababan de retirar los de la Federal de Caminos cuando llegó un destacamento del ejército armado con perros. La gente se sentó en el suelo y se puso a cantar el himno nacional frente a los soldados, que se acercaron hasta tener las fauces de los perros a escasos centímetros de los ocupantes del puente, pero como nadie flaqueó, optaron por retirarse. La presencia del ejército atemoriza al más pintado y sin duda el pueblo que estaba en el puente sintió temor al verlo llegar; pero hubo un anciano que se adelantó a encontrar a los soldados y apuntándoles con el dedo les decía: “Acuérdense que son sus hermanos”.

Esa primera toma duró las dos horas que estaba

programada. La siguiente ocurrió el mismo día del bloqueo de carreteras, cuando un grupo de espontáneos decidió de regreso de la carretera bloquear con sus automóviles el puente de Córdoba “nomás de puro chéyser” por un par de horas. Una mera discolería sin mayor trascendencia.

La tercera ya fue en serio. Un grupo de aproximadamente 100 señoras -encabezadas por Tencha Barrio y Lulú Elizondo- se puso en ayuno y oración durante 72 horas en el parque del Chamizal, en el que para variar les llovió a mares, pero ahí se aguantaron entre el agua y el lodo. Para respaldar ese acto de protesta se convocó a un mitin al terminar el ayuno, a celebrarse a las ocho de la noche del jueves 24 de julio en la Plaza de las Banderas, una explanada dentro del mismo Chamizal como a 200 metros del puente de Córdoba; a ese mitin llegó Francisco Barrio del avión en que regresaba de la junta con Bartlett, fue el último orador y al terminar invitó al pueblo a tomar el puente de Córdoba por 24 horas, lo que se procedió a hacer sin problema ya que, inexplicablemente, el puente no tenía protección.

La gente se posesionó del puente sentándose en el pavimento y banquetas, y una vez que fue claro que el puente estaba tomado, se empezó a retirar... para ir a sus casas por cobijas, sillas, colchonetas y demás objetos necesarios para pasar la noche a la intemperie. El viernes en la mañana amaneció la multitud tirada en el suelo, pero conforme empezó a subir el sol nuevamente se provocó el éxodo a traer materiales de protección y en un rato estaba el puente cubierto de carpas; se tiró un cerco de

cuerda exactamente en la línea internacional y de ahí para abajo se extendía un campamento multicolor en el que dominaba el escenario una gran tienda de campaña improvisada con un paracaídas, rodeada por albergues de todos colores, formas y tamaños.

La acción solidaria, característica permanente del movimiento, se manifestó en los puentes como en ninguna otra parte. Desde las primeras horas de ese viernes empezó un desfile -que duraría mientras el pueblo estuvo ahí- integrado tanto por quienes por alguna razón no durmieron en el campamento, como por otros que habiendo dormido ahí se retiraron temprano y regresaron, pero todos trayendo ollas de café, tortas, fruta y avituallamiento variado y abundante, para los pobladores del que a partir de ese momento fue ya no el puente libre, sino el Puente de la Libertad.

Y ya instalados, posesionados y aprovisionados, se tomó el acuerdo de continuar ahí por tiempo indefinido. Aprovechando el fin de semana, el pueblo se fue de fiesta al puente y cargó con niños y perros, colchones, radios y televisiones portátiles, hieleras, catres de campaña y todo lo necesario para una larga permanencia.

La temperatura durante el día se aproximaba a los 40 grados, e instalados en el piso de asfalto y cemento bajo las improvisadas carpas de plástico y lona los acampantes soportaban un calor infernal. Pero jamás faltó pueblo. Quienes tenían que ir a trabajar hacían guardias en la tarde o en la noche, quienes podían iban en la mañana o en el día, pero

de alguna forma se cubrieron todos los horarios.

Y hay que repetirlo, porque se repitió hasta el cansancio: la solidaridad, el compañerismo, el calor humano hicieron que aquella permanencia en el calor y en la aridez del asfalto fuese un tiempo de alegría y de ricas vivencias para todos los que tuvieron la buena fortuna de treparse a los puentes.

Se veía, se tocaba y se sentía al pueblo en todos sus niveles, en todas sus clases sociales; junto a la carpa de una familia de clase acomodada estaban obreras de maquiladora, o campesinos, o sabrá Dios quién, pero todos compartían por igual la aventura, los riesgos y las pertenencias.

Cuando alguien dejaba el puente para ir a su casa, lo normal era que dejara sus cosas encargadas con el vecino -a quien posiblemente jamás había visto en su vida- con la plena seguridad de encontrarlas al regreso; cuando alguien necesitaba algo rara vez tenía que pedirlo, se lo ofrecía el vecino que lo tenía.

La alimentación en los puentes fue tal vez la expresión más notoria de ese afán de compartir. Si se hubiese designado una comisión de comida, seguramente habría quedado mal; si la hubiese organizado el PAN o cualquier otro partido político, hubiese habido hambre. Pero como se dejó al pueblo que lo resolviera, sobró comida y se comió sabroso y bien.

Un grupo de seis señoras se auto designaron responsables de la cocina, misma que instalaron en un destartado cuanto folklórico autobús del

PAN, y empezaron a recibir, preparar y distribuir los alimentos que en abundancia fueron recibiendo: un comerciante de frutas y legumbres se presentó en dos diferentes ocasiones con una camioneta pick up llena de melones; un señor llegó varias veces con bultos de 100 kilos de barbacoa y sus respectivos envoltorios de tortillas; otro con ollas de menudo, que se repartían en vasos de poliestireno; otro más con ruedas de queso menonita que se convertían en cientos de quesadillas; un grupo de ocho señoras estuvieron yendo todas las mañanas a llevar cada una “una carterita” de huevos (36 huevos) cocinados de distintas formas para el desayuno; un señor llegaba al amanecer con un tanque portátil de gas butano, instalaba su hornilla frente a las garitas de la aduana y se ponía a hacer y repartir café, empezando por los aduaneros.

Y no podían faltar los mexicanos de fuera. Muchos residentes de Estados Unidos llegaban a diario al puente trayendo leche, pan de caja, jamón y queso, latería, y aprovechaban para quedarse a la fiesta con sus paisanos.

¡Vaya que si hubo fiesta! A todas horas del día y de la noche había radios echándole música al ambiente, cuando no grupos con guitarras cantando -preferentemente algunos de los corridos que, como era de esperar, se compusieron sobre temas del movimiento de oposición y de los que el más popular fue el de “sacaremos a Baeza de Chihuahua”, cantado con la música de “sacaremos ese buey de la barranca”- mientras en las carpas había gente jugando cartas, ahorcando mulas, tejiendo, echando

romance, o redescubriendo el placer de una buena conversación al aire libre, de aquellas de antes de la televisión.

Ambiente de fiesta de provincia, muy alegre, muy familiar y muy sano. Sorprendentemente, teniendo presentes las realidades de Ciudad Juárez, con muy poco contenido alcohólico. Pero eso sí, sin olvidar el motivo de la concentración: por todos lados banderas y engomados, lemas, pintas y cartelones alusivos al movimiento. El mejor fue un letrero garabateado en un cartón, que decía “Hago constar que Baeza, Bermúdez, Primo e Isela no son mis hijos. Atentamente, La Chingada”.

El anuncio de cierre por tiempo indefinido del puente de Córdoba -único habilitado para el cruce de tráileres- provocó pánico en la industria maquiladora. Por una parte, la mayoría de las maquiladoras son fuente única para su empresa del artículo, componente o subensamble que producen, de modo que al faltar su abastecimiento se detiene un gran número de fábricas en Estados Unidos, incluyendo las ensambladoras de automóviles de General Motors, Ford y Chrysler; por otra, la casi totalidad de la industria americana funciona bajo el concepto moderno de cero inventarios, de manera que la producción de las maquiladoras debe llegar a las fábricas subsecuentes de su proceso en unos cuantos días. En consecuencia, el cierre del puente se conoció y repercutió inmediatamente por toda la unión americana; la gran industria gringa empezó a toda velocidad a evaluar alternativas para continuar sus embarques, que iban desde transporte aéreo

hasta el uso de las aduanas de Palomas y Ojinaga. Finalmente, en junta de emergencia celebrada el sábado entre los maquiladores y los administradores de las aduanas mexicana y americana, se acordó habilitar los puentes de la Lerdo y de Zaragoza para el cruce de carga, lo que desde ese mismo día se llevó a cabo. Ironía: se llevaban cuatro años de gestiones inútiles para que se autorizara el cruce comercial por Zaragoza y nunca se había logrado.

A partir del primer cierre de puentes. el turismo fronterizo se secó. Restaurantes, tiendas de curiosidades, bares y cantinas, mercados típicos, vieron su clientela reducirse casi a cero y así siguió hasta fines de agosto. Pero todos aguantaron; nunca hubo denuncia ni protesta en contra de las tomas de los puentes, salvo unos cuantos casos aislados de tipo partidista, y sí por el contrario numerosas muestras de apoyo al movimiento a pesar de que a muchos negocios les pegó durísimo.

Nunca fue tan evidente la naturaleza verdaderamente internacional de Ciudad Juárez. No tan sólo por el impacto en la industria y el turismo, sino en la vida toda de la población; con Córdoba cerrado, en Lerdo, Juárez y Zaragoza se produjeron congestionamientos de tráfico de pronóstico reservado, al grado de que hasta los patanes del servicio migratorio gringo se vieron obligados a expedir sus revisiones; los “tarjetas verdes”, residentes de Juárez que trabajan en El Paso, y los caras pálidas que trabajan en las maquiladoras, tuvieron que ingeniárselas para llegar a sus trabajos y hacer acopio de paciencia para cruzar puentes. Fue

como si a la comunidad se le hubiese estrangulado por el medio, como si se le hubiese restringido el libre paso natural de sus habitantes. Y nadie se quejó. Bueno, casi nadie, nunca falta un pelo en la sopa.

A los cuantos minutos de haberse tomado el puente, llegaron por el lado americano las cámaras de televisión de las tres cadenas nacionales gringas, informaron lo que ocurría y se plantaron permanentemente, con guardias día y noche. El propósito era muy claro: no querían perderse las escenas de violencia que sin duda se presentarían tarde o temprano, cuando se diese la orden de desalojar el puente.

Y el sistema se encargó de fortalecer esa expectativa para tratar de atemorizar al pueblo. Dado que no había manera de evitar su entrada, pronto se detectó que revueltos en el puente andaban agentes de Gobernación y de la Policía Judicial Federal, posando como periodistas, dotados de cámaras fotográficas y retratando gente; a altas horas de la noche llegaban caravanas de automóviles hasta las inmediaciones del puente, haciendo alarde de luces y ruidos. Se estacionaban, apagaban motores y en un rato se retiraban; y un alud de rumores sabiamente plantados brotaban desde las fuentes más confiables del movimiento, a las que una persona de incuestionable buena fe e intachable honorabilidad llamaba para confiarle que se acababa de enterar que si ya iba el ejército a desalojar el puente, que si un grupo de choque iba en ese momento por tal calle rumbo al puente,

que si la policía fulana se estaba concentrando en tal parte con armas anti motines para dirigirse al puente, etc.

El rumor era particularmente eficaz por la desorganización con que se había instalado el campamento. No había orden ni concierto en la forma que se establecieron las carpas o en que se acomodaron los grupos; el acceso al puente, aunque bloqueado por docenas -y a determinadas horas por cientos- de automóviles, no tenía defensa posible contra una agresión organizada. Sin duda, el rumor funcionó para minar confianza. Pero también operó en otra forma totalmente inesperada: el rumor se sembraba en la ciudad, para que de ahí llegara tanto al puente como a quienes a esa hora no estaban en él a fin de desalentarlos de que volviesen, y generalmente ocurría exactamente lo contrario, porque a cada chisme funcionaba la famosa cadena telefónica y salía la gente corriendo a reforzar el puente, no fuese a ser que llegara el ejército y encontrara poca gente allá arriba.

Parte por esas presiones, parte por el desgaste que sufrían algunos dirigentes que pasaban prácticamente las 24 horas del día en el puente, parte porque tal vez no se apreció en ese momento la importancia que había adquirido ya el puente, el bloqueo se levantó el martes 29 de julio a la una de la tarde, o sea, más de 100 horas después de iniciado.

El desencanto fue instantáneo, generalizado y profundo. Desde el momento mismo de estar

Francisco Barrio en el puente dando a conocer que se terminaba el bloqueo, un señor de edad indefinida, de pelo canoso y rostro curtido por el sol, con dos lagrimones como canicas rodándole por la cara, increpaba a uno de los dirigentes: “¿Por qué? Dígle al señor Barrio que no nos baje, que aquí nos estemos hasta que lleguen los sardos a partirnos la madre, pero que nadie vaya a andar diciendo que nos rajamos”.

El desaliento trascendió no sólo a toda la ciudad, sino al resto de Chihuahua. El puente se había convertido en el símbolo visible de la resistencia, en el polo que concentraba todas las energías, en el escaparate internacional en que los chihuahuenses manifestaban su inconformidad; en todo el Estado se organizaban actos de apoyo a la gente que desde el puente encabezaba la lucha por la democracia, y en ese preciso momento se abandonó. Fue un durísimo golpe.

Era evidente que no había con qué reponer ese símbolo. Una vez comprendida su importancia se llegó a la conclusión de que no había más remedio que volverlo a tomar. Pero a tomarlo bien tomado y a superar lo anterior.

Ya no se podía pensar en convocar a mítines en el Chamizal o en la explanada de la Presidencia Municipal, que quedan cerca de los puentes, sin provocar que éstos se llenaran de vigilancia para prevenir el bloqueo. Por otra parte, después del grave desaliento por haberlo suspendido la vez anterior, sumado a los descalabros de que se

hubiesen dado ya constancias de mayoría a todos los candidatos priístas y que no hubiese hasta ese momento ninguna respuesta a todas las actividades de protesta realizadas, no había seguridad de que el pueblo respondiera a una nueva convocatoria. Temor infundado; el pueblo respondió con el entusiasmo de siempre.

Se citó a mitin en la plaza de armas a las ocho de la noche del domingo 3 de agosto, en pleno centro de la ciudad y lejos de los puentes, pero en una calle aledaña se prepararon un buen número de camionetas pick-up y camiones para trasladar gente. Al terminar la concentración, Francisco Barrio invitó al pueblo a tomar los puentes de Córdoba y de la calle Lerdo por 48 horas. En un santiamén, la gente estaba de nuevo alegremente trepada en los puentes de Córdoba, de la Lerdo, y ya por su cuenta, de la Avenida Juárez, que muy pronto se procedió a desalojar voluntariamente. (Al empezar el bloqueo, una señora iba llegando a Córdoba con un niño de brazos y otro pequeño de la mano, que seguramente le preguntaba si iban a poner la carpa, porque se alcanzó a oír que la señora le decía: “No m’ijito, vamos a esperar a ver si nos dicen que vamos a estar muchos días, no tiene caso traernos la carpa nomás por un rato”).

Ahora las cosas se hicieron diferente. Mal se acababan de tomar los puentes cuando ya estaban grupos de diestros voluntarios -claramente conocedores del oficio y acuciosamente dirigidos por un arquitecto con frustrada vocación de guerrillero- instalando mallas de cerca de alambre de 2 metros

de alto a la entrada de cada uno, aseguradas en ambos lados a los postes del alumbrado público y sostenidas en toda su extensión de camiones, autobuses y camionetas, con una sola entrada en un extremo; esta vez no sería fácil una toma violenta sin que la gente tuviese la oportunidad de refugiarse hacia Estados Unidos. La ocasión anterior se habían usado los sanitarios de la aduana, lo que casi siempre se permitió (excepto en un par de veces que se prohibió su utilización), por lo que ahora se instalaron letrinas sobre el puente mismo descargando por caída libre a las aguas internacionales del Río Bravo. Y para coordinar las acciones y situaciones en ambos puentes, los infaltables Victorias instalaron uno de sus vehículos con dos radios de banda civil en cada puente.

Y otra vez la misma historia: el desfile de gente a traer colchones y hieleras, radios y televisores, mesas y sillas, lámparas de gas y de petróleo, a montar carpas de todos tamaños, colores y sabores, excepto que el paracaídas que había sido el distintivo del campamento anterior se extravió porque lo recogió alguien que salió de vacaciones y nadie supo de él hasta mucho después.

Parecería que el puente nunca se abandonó. La gente regresó a sus mismos lugarcitos, a sus mismos hábitos, a sus antiguos compañeros de aventura, con los que se saludaba jubilosa de volverlos a encontrar.

Ya encarrerados, concientizados de lo que los puentes significaban, con los ayunantes a 33 días

de haber iniciado el ayuno y don Luis Álvarez en condiciones precarias de salud, el colegio electoral a punto de dar su fallo, la visita de Miguel de la Madrid a Washington a diez días de distancia y ahora sí, los puentes bien protegidos, estaban ahí para quedarse. Las primeras 48 horas se ampliaron por otras 48, ésas por 48 más y así se planteó la posibilidad de prolongar hasta que fuese necesario.

Si el bloqueo de Córdoba desquició a la ciudad, el de la Lerdo, paradójicamente, la afectó menos; el puente de Zaragoza (hasta entonces considerado inadecuado para el cruce de vehículos comerciales), manejó 700 tráileres diarios en cada dirección; el puente de la Avenida Juárez se hizo de dos sentidos y de alguna forma desahogó el tráfico de las dos ciudades, con los altaneros inspectores gringos dando agilidad a las revisiones y los mexicanos de Caminos y Puentes Federales de Ingresos suspendiendo el cobro para acelerar el tráfico. Muestra elocuente de lo que se puede hacer cuando se quiere.

Con la misma intensidad que corrió el desaliento al dejar el puente, regresó la euforia y el orgullo de estar ahí. Las narraciones de lo que se vivió en esos días todavía ocupan horas y horas en Ciudad Juárez, como la de varias empleadas de maquiladora que pidieron sus vacaciones para poder estar en el puente, o el grupo de ejidatarios del Valle de Juárez que llegaron una noche a hacer un donativo de varios miles de pesos para apoyar a la gente del puente, o la señora a la que al preguntársele porqué ese día no fue su hija contesta que solamente completaron para un pasaje de transporte urbano y le tocó a ella,

o los dos chiquillos que andan jugando correteando a altas horas de la noche y uno de ellos invita al otro a jugar que son Barrio y Baeza, lo convence de que él es Barrio y el otro es Baeza y en cuanto acepta lo empieza a perseguir con gritos de “Baeza ratero, Baeza ratero”.

O la del Victoria de la Lerdo que una noche llamó al de Córdoba como a las tres de la mañana y por más que insistió no obtuvo respuesta; preocupado, empezó a asomarse en dirección a Córdoba para ver si distinguía algo que estuviese pasando, hasta que se le acercó el agente del FBI -que al igual que las cuadrillas de televisión tenía guardia permanente en la línea divisoria- para preguntarle qué ocurría; cuando se le dijo se ofreció a ayudar, se comunicó por su “walkie talkie” con su colega del otro puente y lo mandó a investigar. El otro agente cruzó la frontera y llegó hasta el radio, donde el Victoria dormía a pata suelta, rendido por el cansancio. Pero se tomó la pequeña libertad de traer a los del FBI de recaderos, aprovechando que también ellos se contagiaron de solidaridad.

El jueves 7 de agosto dio su fallo el colegio electoral reconociendo las elecciones como válidas y a Femando Baeza como gobernador electo. La respuesta del sistema era clara: carro completo pese a quien le pese. No cabía ya continuar castigando a la comunidad con el pesado bloqueo, por lo que se decidió continuarlo hasta el siguiente sábado como ya estaba anunciado y darlo por terminado.

El sábado 9 a las ocho de la noche se efectuó un mitin de despedida en el puente de Córdoba -con lluvia, para variar- al que asistieron no sólo dirigentes locales y nacionales del PAN, sino de todos los partidos independientes de izquierda y en el que se reconoció públicamente la instauración de la dictadura en Chihuahua. De ahí se trasladó toda la gente al Monumento a invitar una vez más a los ayunantes a que terminaran su ayuno, que esa noche alcanzaba 39 días, y se unieran a la lucha por la democracia usando otros medios, lo que hicieron al siguiente día previo acuerdo con don Luis Álvarez.

Viendo el tamaño de la multitud que llegó hasta el Monumento, su entusiasmo y alegría, resultaba muy difícil recordar que éstos eran los chihuahuenses que habían perdido.

LOS VISITANTES

Desde antes de la elección, pero particularmente después de ella, desfilaron por Ciudad Juárez multitud de visitantes interesados por enterarse de lo que ahí ocurría.

Veteranos reporteros extranjeros que hacían remembranzas y comparaciones desde con Filipinas y Argentina hasta con Sonora y Nuevo León; periodistas nacionales, tanto de los que se concretaban a informar que nada ocurría o a cotorrear la anécdota, hasta los pocos muy profesionales y serios que realmente informaron y en privado comentaban que semejante intensidad cívica no parecía ser México, o que desde su

perspectiva privilegiada detectaban marcadas diferencias en el movimiento entre Ciudad Juárez y la capital del Estado; y sacerdotes y obispos con la mayor discreción.

Y líderes de oposición. Como el Dr. Salvador Nava, de San Luis Potosí, directivos panistas de todos los estados del norte, de grupos y asociaciones cívicas de todo México y dirigentes nacionales de todos los partidos independientes de izquierda.

En una de las tantas noches en el puente de Córdoba se improvisó un coloquio en el que participaron, sentados en sillas de campaña a escasos diez metros de la línea internacional, Heberto Castillo, Salvador Návar, dirigente local del PMT, Fernando Benítez, Avelino Soto Ugalde, líder del PSUM en Juárez, Francisco Barrio, Gustavo Elizondo y Alberto Torres, presidente del comité local del PAN. Rodeados por el pueblo expusieron sus ideas sobre democracia, sobre la lucha electoral, los partidos políticos y en general, sus concepciones y percepciones sobre México y sobre la política en México. Ilustrativo e interesantísimo; la gente aplaudió a rabiar a todos, independientemente del color de su camiseta.

Pero sin duda la reunión más notable fue la que tuvo lugar el sábado 9 de agosto. Organizada al vapor, logró reunir a Heberto Castillo, del PMT, Rosario Ibarra de Piedra del PRT, Arnoldo Martínez Verdugo del PSUM, Pablo Emilio Madero del PAN, Luis Sánchez Aguilar del Partido Social Demócrata y a dirigentes de organizaciones cívicas

de prácticamente todo el país, que firmaron un manifiesto convocando a luchar organizadamente por la instauración de una democracia plural en México. En esa histórica reunión que logró sentar en la misma mesa a personalidades tan disímbolas ideológicamente, seguramente fue Rogelio Sacia, de Monterrey, quien mejor resumió el sentimiento general al parafrasear a Lenin recordando que una revolución es como la patada que derriba a una puerta podrida que es el régimen corrupto que sofoca a un pueblo, y que en México ciertamente la puerta está podrida y hay que tirarla a patadas, sin importar que sean dadas con la izquierda o con la derecha.

Cada uno de esos visitantes traía nuevos ánimos al pueblo con su mera presencia y a su vez, era recibido como héroe popular. Y en esa misma forma se recibió el desplegado firmado por un grupo de intelectuales de la ciudad de México, que incluía nombres como Octavio Paz, Elena Poniatowska, Enrique Krauze, Gabriel Zaid, Fernando Benítez, Lorenzo Meyer, Carlos Monsiváis y muchos otros, sugiriendo la anulación de las elecciones en Chihuahua; si bien su visita a Chihuahua no fue en presencia física, ciertamente se sintió como una expresión de solidaridad que fue de incalculable valor para los chihuahuenses en esa hora difícil.

¿Y TODO PARA QUE?

Vistos fríamente los resultados finales, podría decirse que todo el movimiento fue solamente un inútil, bello gesto, ya que el objetivo de carro

completo se cumplió plenamente en Chihuahua. No queda la menor duda de que Baeza será Gobernador y Bermúdez Presidente Municipal.

Como tampoco hay duda de que lo más difícil del movimiento está en el futuro. Así como anticipadamente se vieron las señales del fraude, se avizoran los preparativos para el revanchismo en contra de todos aquéllos que sacaron la cabeza. Ya empezó la amenaza y en algunos casos la acción abierta de represalia, aun antes de tomar formalmente el poder.

¿Cuál será la reacción del pueblo juarense? Es difícil predecirlo. La capacidad del sistema para reprimir es grande y mayor todavía su habilidad para cooptar y corromper; ambas se usarán intensamente para tratar primero de descabezar al movimiento y después de desaparecerlo.

Si el alud de solidaridad que se dio en la campaña y en la acción postelectoral subsiste; si el despertar cívico se mantiene y consolida; si los líderes, tanto los dirigentes formales del partido y de los organismos cívicos como los líderes naturales que el movimiento descubrió y proyectó, perseveran y continúan en su función; si, en una palabra, la sociedad civil conserva la conciencia de su fuerza y la voluntad de defenderse y defender sus derechos, al sistema le puede aguardar todavía una sorpresa más en Juárez.

Algunos de los ingredientes básicos ya existen, como son los organismos cívicos (los anteriores y nuevos que se están empezando a formar)

coordinados y estructurados en el COLUDE; un liderazgo fogueado, definido y decidido; una estructura que cuando se necesita, ha sido capaz de generar y allegarse recursos para sostener la lucha; y sobre todo -entiéndase, en el caso de Ciudad Juárez esto no es slogan partidista ni frase demagógica; las pruebas se dieron en abundancia- un pueblo generoso, solidario y valiente que ya saboreó el privilegio de tomar sus propias decisiones y le gustó, aun cuando hay quien piense que su selección fue equivocada.

En ese pueblo queda grabado el recuerdo de haber votado en urnas transparentes y haber presenciado el cómputo de sus votos; de haber convivido en los puentes en desafío alegre al todopoderoso gobierno federal; de haber tomado las calles, y las plazas, y las carreteras, para gritar su verdad y su inconformidad; de haber enfrentado al ejército que portaba armas y perros, tolerado judiciales y federales de caminos. Todo eso puede, y seguramente debe, dejar huella.

No se puede intentar mejorar el resumen que hace Francisco Ortiz Pinchetti en el Proceso de agosto 18:

“En Chihuahua lo insólito se volvió cotidiano. Muchas cosas ocurrieron aquí “por primera vez” en la historia reciente de México. Y por primera vez también, las cosas quedaron claras: los mexicanos se enfrentan a un gobierno incapaz de responder a un clamor tan simple y tan trascendente como es la demanda de democracia.

La cerrazón total se opuso al último resquicio de confianza.

Ante eso la mera lucha electoral quedó atrás. No importa que sea Fernando Baeza, o cualquier otro, el gobernador impuesto por el sistema. La contienda es otra, porque otro era el sentido de la singular participación ciudadana en el proceso chihuahuense. Hace meses estaba claro aquí que ésta no era una lucha de partidos, menos de programas. Fue el gobierno el que se empeñó en darle ese cariz bipartidista. La gente no acudió a votar ni sale a las calles por Francisco Barrio Terrazas y, menos, por una plataforma ideológica panista que ni siquiera conoce. Su reacción fue de hartanza frente a un sistema incapaz, corrupto, anquilosado. Y por un factor que parecía olvidado: la dignidad”.

Así mismo, la frase final del mismo artículo de Ortiz Pinchetti ofrece la mejor forma de terminar este garabato:

“Una cosa es cierta: este pueblo está lejos de haber sido derrotado”.

Primera edición impresa en 1986

Segunda edición impresa en junio de 2021

en Editorial El Labrador

(656) 611-0150 (656) 639-9572

ellabrador@prodigy.net.mx

Ciudad Juárez, Chih.

250 ejemplares